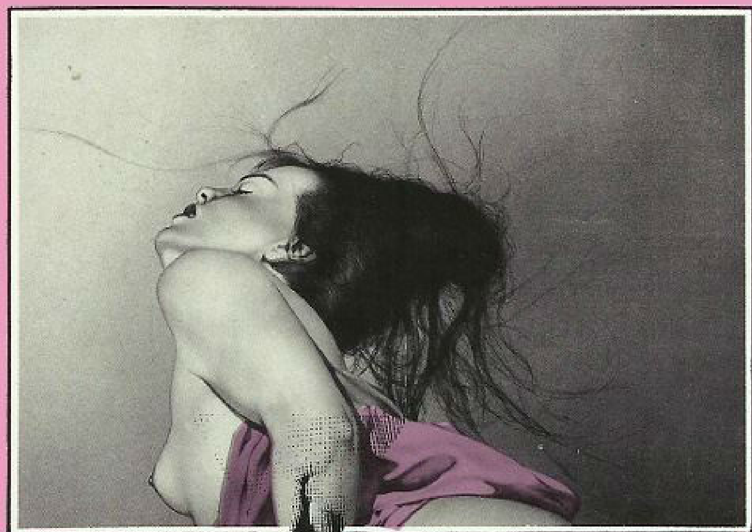
Jean de Berg

Ceremonia de mujeres



La sonrisa vertical



A medio camino entre el testimonio autobiográfico y la ficción, este texto impresiona al lector en la medida en que las extravagantes situaciones eróticas que en él se describen despiden una perturbadora sensación de autenticidad. Ya no se trata aquí de una fantasía en la que se cumplen los deseos vedados a la realidad, sino, muy al contrario, de una realidad en la que tienen lugar las más delirantes fantasías.

El libro se abre con la fría exploración de dos clubs S. M. (sadomasoquistas) neoyorquinos, para demorarse a continuación en el minucioso relato de cuatro «ceremonias», cuatro complejas escenificaciones oficiadas por una temeraria e imaginativa «ama» quien, rodeada de sus «acólitos» («doncellas», «sirvientes», «camareras»), inflige excéntricas vejaciones a sus «esclavos».

La propia narradora nos explica su propósito: «He decidido contar algunas ceremonias emblemáticas, extraídas de un repertorio más amplio que a menudo gira en torno a puestas en escena ritualizadas donde las inmovilizaciones, los silencios, los juegos para la vista (máscaras, espejos, luces) y la distancia sugieren menos la orgía que el cuadro viviente, incluso si no se reducen a él».

Nuevamente entra aquí en juego toda la parafernalia del aparato sadomasoquista, con sus inevitables aderezos. Sin escapar a él, pero evitando siempre la vulgaridad del hábito, «variaciones» continuas incrementan en estos relatos la intensidad del deseo y acrecientan la expectativa de lo propiamente sexual, que, como dice narradora, permanece siempre «ahí, constantemente presente, en el centro de todo, pero en suspenso, diferido».



Jean de Berg

Ceremonia de mujeres

La sonrisa vertical - 52

ePub r1.1
Titivillus 14.12.17

Título original: *Cérémonies de femmes*
Jean de Berg, 1985
Traducción: Encarna Castejón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un descubrimiento

La cosa empieza así: en un club masculino en Nueva York… Un club para hombres donde, la antevíspera, un homosexual había introducido a una de mis jóvenes amigas norteamericanas. El ambiente la había sorprendido tanto como para que, conociendo mi curiosidad por lo sulfúreo, quisiera volver allí conmigo.

El local se halla situado en ese barrio tan conocido por los homosexuales neoyorkinos (y también por los otros) que, en los alrededores de la calle 10, reúne bastantes sitios del mismo tipo entre las dársenas y almacenes a orillas del Hudson.

Mi amiga hace detener el taxi ante una gran puerta metálica que no se distingue por nada en particular, semejante a todas las que se suceden a intervalos regulares, tanto a derecha como a izquierda.

—Es aquí —dice.

La sigo. Pulsa un timbre. Yo esperaba ver aparecer en la mirilla un ojo inquisidor que nos escudriñaría antes de permitir que nos deslizáramos por la puerta entreabierta, tal como solía hacerse y todavía se hace casi en todas partes. Pero nada de eso. La puerta se corre de un solo golpe, ruidosamente, descubriendo un inmenso montacargas bamboleante y mugriento. Un avezado ascensorista, un gran negro sonriente peinado a lo afro, nos invita a entrar con un gesto. En el segundo piso el ascensor desemboca directamente en una sala de gigantescas dimensiones. La noción de intimidad, unida para mí a la de club, ha desaparecido aquí por completo. Han conservado el almacén tal cual era, rectangular, sin decoración, con su viejo suelo sucio, fregado y manchado de nuevo, lo que da lugar a un interesante resultado en el que las manchas indefinibles se

mezclan con el fregoteado blanquecino. Lo que he dicho de que no hay decoración alguna no es del todo cierto. A lo largo de las paredes han alineado, como para una exposición, sofás desfondados, mesas desconchadas, sillones raídos, sillas destartaladas, veladores con la marquetería arrancada. El parqué completa perfectamente el conjunto. La sistemática elección de esos muebles de desecho denota cierta coherencia en el gusto por el lujo en ruinas, las opulencias decrépitas.

Así pues, el centro de la sala está vacío, a fin de dejar todo el sitio libre para los bailarines. Pero de momento nadie baila, excepto (y eso es lo que le llama a uno la atención en cuanto entra) un joven, sobre un pequeño estrado al fondo, que se contorsiona en un círculo de luz viva al ritmo de una violenta música rock. No lleva más que un pantalón de cuero, muy recortado para dejar a la vista el sexo y las nalgas (redondas, perfectas). Baila frenéticamente, como si estuviera solo, con la mirada opaca o distante. Cegado por la luz, por otra parte, no debe de ver nada de lo que ocurre en la sala donde, sobre un sofá color heces de vino, dos hombres semitendidos se abrazan con gestos tiernos de joven pareja. Más allá un hombre desnudo, sentado en un sillón, se masturba sin que nadie parezca hacerle el menor caso. Tengo la impresión, de hecho, de que nadie mira a nadie. Nadie mira bailar al joven, salvo nosotras. Nadie mira masturbarse al hombre salvo nosotras.

En un rincón, junto a un bar, otros hombres, encaramados en altos taburetes, beben cerveza mientras desfila sin interrupción, sobre una pantalla de pequeñas dimensiones situada encima de las hileras de botellas, una serie de diapositivas de hombres, negros o blancos, cuya musculatura resalta gracias a poses estudiadas: hermosos modelos, nada más. No me recuerdan las fotos pornográficas.

Nos instalamos en una mesa libre (bastante estable a fin de cuentas, pese a su destartalado aspecto), y un camarero con una corta y desabotonada camiseta parda por toda vestimenta viene a tomarnos el pedido.

Los clientes, en su mayoría blancos, jóvenes, con el pelo corto y aspecto decente, parecen recién salidos de las oficinas

de Wall Street: no hay nada notable en su atuendo. Compruebo que somos las únicas mujeres (aún hoy me sigo preguntando por qué nos dejaron pasar). Nuestra presencia, pese a resultar insólita en medio de esta clientela exclusivamente masculina, no parece molestar, de momento. Sencillamente, hacen como si no nos vieran. Entonces empezamos a bailar juntas. Pero, de repente, mi amiga decide enseñarme el lugar.

Por una escalera de madera subimos a una sala situada encima de la anterior, igual de grande pero totalmente bañada por la «luz negra», que tiene la particularidad de hacer visible únicamente lo que es blanco. Me doy cuenta de que hemos entrado en un depósito de material sanitario, cuya palidez, bajo esta luz, se vuelve agresiva. No vemos más que montones de porcelana, sillas turcas, tinas de ducha, lavabos cuidadosamente apilados o abandonados en desorden, alineamientos de W. C. a la inglesa, unos usados y otros nuevos con los bordes todavía parcialmente cubiertos por su banda de papel protector. Muchos están polvorientos y manchados. Algunas tazas han llegado a servir de ceniceros, de cubos de basura llenos a rebosar de botella vacías, latas de Coca-Cola, inmundicias diversas. En la penumbra, sin ruido, se deslizan siluetas entre las bañeras, formas que se adivinan por la luminiscencia fúnebre de la camisa o del ojo, que se cruzan, se rozan, se tocan sin verse al parecer, sombras ciegas, sombras también mudas: ¿acaso aquí sería tan incongruente cualquier conversación que, para prohibirla, es necesaria esta música ambiental cuyo volumen se eleva hasta el límite de lo soportable?

Mi amiga me coge de la mano y me dice:

—Ven.

Bajamos por la misma escalera de madera. Allí, empuja con el pie una puerta batiente que da a una habitación completamente a oscuras, en la que los ruidos de agua, roces, murmullos, respiraciones, la confusa sensación de presencias invisibles, me dan a entender que me hallo en el lugar privilegiado, el *sancta sanctorum*. De pronto alguien rasca una

cerilla y durante un breve instante puedo ver lo que pasa: unos hombres con la bragueta abierta orinan sobre otros hombres arrodillados, en cuclillas o tumbados al pie de una pared de cerámica sobre la que corre el agua en capas regulares. Después vuelve la oscuridad. El *sancta sanctorum* es, pues, las letrinas (de ahí el nombre del establecimiento «Toilet»). En tres o cuatro ocasiones, a la luz fugitiva de una cerilla o de un encendedor, puedo ver la misma escena y también un gran panel de madera perpendicular a una de las paredes, calado de agujeros redondos por donde los hombres meten su sexo en bocas o nalgas anónimas. Alguien dice entonces, a media voz pero con claridad:

—*There are women.*

Nos retiramos inmediatamente: habíamos sorprendido un espectáculo que de ningún modo estaba destinado a nosotras, mujeres.

Volvimos a nuestra mesa, en la primera sala. En la fiesta, algunas parejas bailaban distraídamente. Al fondo, sobre el estrado, el joven macho seguía ondulando para nadie… o tal vez para mí sola, que le miraba muy turbada por lo que acababa de descubrir…, sí, realmente muy turbada.

Tacón de aguja

Puede que no pasara nada. En cualquier caso, cuando yo hablé de explorar los clubes s. m[1]. neoyorkinos, unos y otros me indicaban aquél. La sociología sirve de cómoda coartada: decid que estáis haciendo una encuesta y evitaréis preguntas extrañas. El joven universitario que se ofreció como cicerone me puso sobre aviso: aquí no había espectáculo organizado como en Belle de Jour. Todo dependía de la clientela, cambiante, inestable, apagada una noche e inventiva la siguiente. Así prevenida, apenas sí podía, pasara lo que pasara, sentirme defraudada.

Es ya tarde cuando nos presentamos ante la puerta del establecimiento, una abollada puerta de chapa que no anuncia ningún lujo. Al ver la lista de precios, colgada junto al guardarropa, adivino que las mujeres serán minoría en la sala, ya que, como en lugares análogos, las mujeres sólo pagan la mitad o la tercera parte del precio exigido a los hombres; en Hellfire incluso las dejan pasar gratis; se las «atrae» gratis, convendría decir mejor. Forzoso es concluir que no frecuentan de muy buena gana estos lugares o, en todo caso, que no lo hacen en número suficiente. Los precios, incluso para los hombres, no tienen nada de prohibitivos, en vista de la disparatada clientela que ocupa esta noche las tres zonas del club en cuestión. Blancos, negros, jóvenes o menos jóvenes, en vaqueros y camiseta o con traje y corbata, se mueven aislados o de dos en dos (rara vez más) de un sitio a otro.

Primero está el bar, una tabla sobre dos caballetes en la que una camarera punk te entrega, a cambio de un cupón que recorta de la entrada, una botella de cerveza, de Coca o de Pepsi (a elegir) y una paja. Desde el bar, con la bebida en la mano, accedes por unos escalones a la segunda zona,

destinada más propiamente a la consumición, en la que una serie de banquetas bajas, sin respaldo y cubiertas, como el suelo, por una raída moqueta rojo oscuro, forman cuadrados (propicios a la conversación) en torno a lo que normalmente debería encontrarse allí y que, sin embargo, no está: una mesa. Excepto una o dos, las han retirado: nada debe entorpecer la fluidez de la circulación, los deslizamientos de una banqueta a otra. Entonces dejas la botella a tu lado, en la banqueta o en el suelo, o la conservas en la mano para ir, como todo el mundo, a apoyarte en la barandilla de madera que separa esta zona de la tercera, un gran espacio despejado, entarimado, en ligero desnivel.

Tendría todo el aspecto de una sencilla pista de baile si no fuera por algunos elementos decorativos nada habituales: un potro con asideros instalado delante de un gran espejo de luna ahumado y adosado a una de las paredes; una escalera de tijera desplegada y, al fondo, un antiguo sofá con armazón de madera segueteada que sólo sostiene un fatigado asiento de terciopelo ajado, sobado, reventado incluso en algunos sitios. Eso es todo. No, detrás del sofá hay, apenas ocultos por una cortina mal corrida y como arrojados allí porque estorbaban en otro lugar, objetos sin utilidad inmediata: planchas, tuberías viejas, no sé qué más. De nuevo observo un desinterés por la decoración. Ni siquiera hay, como ocurría en «Toilet», cierto refinamiento en la estética de lo decrépito. No. Es como si no tuviera importancia alguna, o más bien como si las despobladas dársenas a orillas del Hudson, las dársenas vacías donde tienen lugar los encuentros furtivos entre los basureros y las olvidadas chatarras, no dejaran de atormentar las noches neoyorkinas. Uno llega a acostumbrarse. Ya bien mirado, prefiero esta buscada desnudez al inevitable *light-show*, ese oropel de plástico.

En la pista, dos negros (un hombre, una mujer) bailan solos un conocido rock. Se detienen antes de que la música haya terminado. El hombre se quita la ropa, que se amontona en el parqué, a sus pies. Tengo suerte: va a pasar «algo». Desnudo, se dirige hacia el potro con asideros. Se tiende en él

con el pecho, el vientre, el sexo ofrecidos al público. La negra saca el cinturón del pantalón, un ancho cinturón blanco, trenzado. Lo coge para azotarle. Lo azota por todas partes, sobre todo en el vientre y las nalgas, sin miramientos pero con maestría. El hombre, con la cabeza vuelta hacia el espejo, la mira hacer, abandonado. Mira, reflejada, la mano que se eleva, el cinturón que se abate, su propio cuerpo bajo la luz y las caras de los que, poco a poco, se han agrupado a su alrededor guardando, pese a todo, cierta distancia, ya sea por temor a los escasos golpes mal dirigidos, por respeto o, sin duda, por ambas cosas a la vez. Interviene entonces una segunda mujer, una blanca bastante corriente que se sirve contra el negro, con desordenado frenesí, de un látigo de tiras de cuero. De inmediato, su excitación se apaga por sí misma. En ningún momento el azotado esboza un gesto de rechazo.

Acodada a mi lado en la barandilla, una muchacha muy joven, casi una niña, se vuelve hacia mí. Me pregunta en francés si soy de París, si en París hay clubes como éste. Parece sorprendida cuando le digo que no. Tiene el brillo diáfano de las muñecas de porcelana. Le pregunto si lo que se desarrolla ante nuestros ojos le interesa personalmente.

—Personalmente no —me contesta—. Bueno, sí… Yo escribo novelas porno… Vengo a documentarme, a buscar ideas en vivo…

Habla con unas inflexiones y un acento tan dulces que ni por un momento se me ocurre desconfiar.

Al darme la vuelta veo a varios hombres sentados, mudos, frente a una rubia también sentada y recostada contra la pared, con las piernas cruzadas, segura de sí misma. Le habla a un joven arrodillado ante ella, al que sujeta con una correa. Le habla muy alto, con una voz sin matices, de timbre claro. Le dirige, según me dicen, un discurso humillante. El joven, tan rubio como ella, con el torso desnudo, la escucha. Lleva un aro de metal blanco en torno a la muñeca derecha y, colgando de una cadenilla bajo el collar de perro, una medalla oval que ella se entretiene, mientras monologa, en hacer girar con su sandalia de lamé dorado. Él la mira bebiendo sus palabras, con aire perdidamente enamorado:

uncido a sus pasos, la seguirá durante toda la velada. Ella es, en verdad, encantadora (seguramente aún no ha cumplido treinta años), con su corpiño de satén rojo, muy ceñido, sus hombros redondos y sus pecas rosadas. Cuando vuelva a verlo a él, poco después, acostarse a su vez sobre el potro con asideros, y constate que ya muestra en las caderas marcas recientes, pensaré otra vez en la enloquecida mirada, tan conmovedora, del joven perro rubio hacia su hermosa dueña.

Cada una de esas improvisaciones suscita una pequeña aglomeración que se disuelve al tiempo que ella para, a continuación, reproducirse en otro lugar donde «algo» ocurra de nuevo. Mientras tanto, los espectadores traban conversación (es normal dirigirse la palabra sin preámbulos). O bien bailan. O deambulan. Yo hago lo mismo.

Así, por casualidad, descubro al final de un angosto pasaje una sala mucho más pequeña, de techo bajo, dividida en celdillas tapizadas de tela gris metálico, gruesa, deshilachada, ocupadas por grandes cojines de un violeta oscuro. La ausencia de aberturas produce la impresión de encontrarse en un refugio o en un calabozo confortablemente acolchado. Allí vuelvo a tropezar con el curioso trío en el que había reparado antes en la sala grande: una muchachita muy joven, morena, delgada y de rasgos finos, se ha montado de lado en la barandilla de madera. Lleva un vestido que recuerda vagamente al de una amazona. Con la mirada perdida en el infinito, balancea las piernas. Acostados a sus pies, pensativos, hay dos hombres mayores que ella, vestidos únicamente con una malla negra que les cubre desde la punta de los pies hasta la base del cuello. Uno de ellos, además, lleva la piel empolvada, una peluca de mujer, zapatos de tacón alto y un ancho cinturón de cuero negro adornado con la letra M hecho con clavos de acero.

Estos tres personajes componen un cuadro llamativo, ambiguo. No consigo establecer relaciones precisas entre ellos. Ni lo conseguiré más tarde, cuando vuelva a encontrarlos en una de las celdillas: ella sentada, con traje de chaqueta, mirando distraída al «travestí», hundido en los cojines, dejarse acariciar perezosamente, ante algunos

espectadores parados, por el otro, que aparentemente interpreta el papel masculino. Se diría que están actuando.

Y es ahora cuando me veo obligada a describir una escena que se desarrolló esa noche (u otra, poco importa). Un muchacho apenas crecido, contrahecho y demasiado pálido, se tumba en el parqué al pie de la escalera. Una chica se sitúa en la vertical de su rostro con las piernas abiertas y, subiéndose por encima de las nalgas su ligero vestido floreado (estamos en verano), con cuidado para no salpicarse, orina sobre él copiosamente, discreta belleza apenas maquillada. El contraste entre su grácil figura de dependienta y lo que está haciendo me deja perpleja. ¿Por qué lo hace? El primer motivo que se me ocurre es el placer; mea encima de él por gusto. Luego me viene otra idea: es por pura bondad hacia ese muchacho poco seductor que tiene tantas ganas de que lo haga. Hasta puede que para convencerla le haya deslizado en la mano, subrepticiamente, algunos dólares doblados en cuatro. Sé que eso se hace. Otra suposición: ella se exhibe por amor, para complacer a un hombre (o a una mujer) que, mezclado entre los clientes, la mira hacer desde lejos. Esta incertidumbre que poco a poco me embarga contamina, retrospectivamente, las escenas más evidentes. ¿Eran tan transparentes, pensándolo bien? ¿No habría sugerido el joven perro rubio (incluso a petición de alguien, ¿quién sabe?) a su hermosa dueña esa humillación pública? ¿Cómo saberlo? Y, por otro lado, ¿para qué?

Marianne, una francesa a la que había conocido algunos días atrás en Belle de Jour, donde es actriz en una revista s. m., se acerca a saludarme. Interrogada al respecto, se muestra tajante: todos los hombres son aficionados, simples curiosos, o practicantes *dominante* y/o *sometido*. El caso de las mujeres está menos claro. Hay algunas profesionales en busca de eventuales clientes (ella misma, de hecho…), pero uno se equivocaría si para distinguirlas se fiase del atuendo. El uniforme convencional (botas de cordones, cuero, tacones de aguja, etc.) lo llevan también otras mujeres a fin de distinguirse como dominadoras. Y no hay que olvidar que algunas profesionales ejercen el papel de dominada, de

«víctima». Yo no he asistido más que a una improvisación al respecto, en la que una mujer fue el objeto de un hombre en posición de «amo». Pero tal vez fue por casualidad. Por lo tanto, en lo que a ellas concierne, hay que resignarse a no saber nada.

De hecho las hay que se quedan toda la noche en pareja, a la sombra de su cónyuge, como si les acompañaran de visita; y luego están las demás, algunas admirables, todas admiradas. Yo misma me asombro a causa de las miradas que convergen en mí desde que entré. Las *cover-girls* más asombrosas, por mucha que sea la distancia que me separe de su juventud o de su belleza, no deben de experimentar mientras se adentran, soberanas, en un club de moda «normal», una sensación distinta a la mía ahora, a la vez embriagadora y angustiosa: la de ser un objeto codiciado. Verdad es que llevo un vestido negro con cuello militar, sin ningún adorno, que los profanos juzgan un poco severo, pero que los iniciados interpretan como signo de gustos evidentes. Un hombre se enardece hasta el punto de hacerme proposiciones (se trata de ir a maltratarle a los lavabos), que rechazo, de entrada, por demasiado directas… Y además, esas «fantasías» interpretativas, vividas, exhibidas sin reparos en público, ¡son tan nuevas para mí!

Entendámonos bien: cuando digo «sin reparos», quiero decir que un contrato tácitamente aceptado estipula que nadie obligue a nadie a hacer o padecer lo que no desea realmente hacer o padecer. Un hombre de excepcional estatura vela para que esto se cumpla. Deambula vestido completamente de negro, con brazaletes y un cinturón de cuero claveteado, protegiendo más que vigilando. Es de la casa y, según parece, se toma a pecho la felicidad de la clientela. ¿No nos ha dirigido, al pasar a nuestro lado, un *Are you happy?* que no espera ningún tipo de respuesta, pero que le confiere un aire de buen chico? Atónita por lo que veo, molesta por la intimidante expectación de estos desconocidos, guardo al principio la reserva de la observadora. Por otro lado, una desgraciada palabra de mis tiempos universitarios bastaría para reprimir cualquier

iniciativa por mi parte. El hombre ha pronunciado la palabra «circo», que es como para desinflar a las almas sensibles por lo que supone de risita de incomprensión. Decido para mí: 1) conservar en su presencia mi actitud reservada, 2) volver a este lugar lo más pronto posible, 3) permitirme, una vez tomadas estas resoluciones, algunas pequeñas libertades sin consecuencias, que mi amigo no llega a advertir.

Esas mudas llamadas son, pese a todo, demasiado tentadoras, y quiero comprobar que «la cosa marcha». Y la cosa marcha, en efecto, muy bien: los labios no retroceden ante el mordisco, ni los pechos ante los arañazos. Al contrario. Contactos fugaces, de una acuidad que no suponía. Sí, tengo que volver para ir más lejos en la embriagadora exploración de las fulgurancias anónimas.

*

Vuelvo acompañada de una amiga, delgada, alta, con mucho estilo, que por lo común la gente encuentra «todavía bella». ¡Todavía bella! La amarga dulzura del cumplido le desespera, pues su corazón sólo late con los suspiros de los jovenzuelos, como en la época de sus veinte años. Ya ha pasado su hora, y lo sabe. Pero no por ello se aferra menos al galán que le queda, consciente (y cuánto) de estar pisoteando todo su amor propio para… ¿para agarrarse a qué? A una prórroga en forma de señuelo.

Si ella quisiera, no obstante, podría olvidar el adverbio-sentencia, ese «todavía» que la está minando, y volver, en este lugar, a ser lo que es: sencillamente bella. Resulta evidente además que lo es a los ojos de los jóvenes que la abordan en cuanto nos instalamos en las incómodas banquetas. La adulación de que en otro tiempo era objeto, podría recuperarla aquí y ahora. Pero, para lograr que caigan a sus pies, ¿podrá guiarlos, empujarlos incluso, fríamente? ¿Sabrá hacerlo?

Para predicar con el ejemplo, me dirijo al joven italiano sentado entre nosotras desde hace un buen rato y le señalo con un gesto mis zapatos, ese gesto conminatorio que todos

los perros entienden y que significa: «¡Échate!». La orden es clara. Él tiene, sin embargo, una vacilación que inmediatamente aprovecha un muchacho más rápido, el cual, sin que ni siquiera yo haya tenido tiempo de darme cuenta de la maniobra, se encuentra ya arrodillado delante de mí, pidiendo con la mirada permiso para sustituir al desfalleciente italiano. En un simple parpadeo, se da la vuelta con flexibilidad para tenderse de espaldas, perpendicular a la banqueta (detalle que tiene su importancia), con la cabeza contra mis pies calzados con salomés de charol negro. En lugar de conformarse con lamerlos, cosa a la que, tácitamente, se limitaba mi orden (ir más allá, franquear el umbral de la exhibición de buenas a primeras, no era lo que yo pretendía), en lugar, pues, de lamerlos, me saca con ambas manos uno de los zapatos, con las envolventes precauciones debidas a un tesoro que, por un favor excepcional, a uno se le permite tocar. Empieza a pasearlo por su rostro, acariciándose la frente, las mejillas, la nariz y los labios con la suela, una suela apenas limpiada hace un momento en la alfombrilla de la entrada. El aspira su olor a humedad, se alimenta de él, entregado a su adoración. Al principio le dejo hacer sin reaccionar, para ver qué pasa. Miro el zapato que recorre el rostro rubio, rostro que se frota con sensualidad de gato contra el charol negro. Muy pronto me siento fascinada. El saca la punta de la lengua para saborear la punta del tacón y hace algo impensable: aprieta los labios, previamente fruncidos, contra la extremidad del cuero, haciéndola descender lentamente en la boca, que se ensancha para recibirla entera. Le imprime un movimiento de vaivén, cada vez más pronunciado, que se propaga por mi pie. Toda mi sensibilidad refluye allí, al talón, esa dura prolongación de mi cuerpo que se hincha de savia. Ahora soy yo quien hace ir y venir la excrecencia que parece viva, de la que parten pulsaciones sordas y voluptuosas desde la electrizada planta del pie hasta la punta de los dedos; soy yo quien la hunde en la boca extática y la extrae brillante de saliva.

Veo que el joven ha cerrado los ojos y que sus manos

yacen, blandamente, en el suelo. Entonces, extendiendo la pierna poco a poco, hago saltar uno por uno los botones de su camisa con ayuda del otro tacón hasta llegar a la abombada bragueta del vaquero, bajo la cual me abro camino entre piel y tejido, y luego, con la punta, acentúo en toda su longitud la huella rojiza aparecida entre los faldones de la deshecha camisa, sobre el torso desnudo y bronceado. La sangre termina por aparecer en puntitos discontinuos, punzantes. Sí, deben de ser punzantes, tal vez incluso ardientes… Vuelco sobre él, desde lo alto, el contenido de una lata de cerveza que aún sostenía en la mano. La amarilla y tibia lluvia golpea su pecho, empapa la ropa, la cara quejumbrosa. Me arrodillo para besar sus labios mojados.

Ausente de todo cuanto me rodea, el universo se reduce al campo restringido y colmado de mi visión inmediata: un americano de unos veinte años con rizos cortos y rubios, sin nombre, sin pasado, tendido a mis pies, vestido con una camisa a cuadros pequeños, un vaquero y zapatillas de deporte; no hay nada que lo distinga, ni siquiera el aro de metal blanco que lleva en la muñeca derecha, salvo esto: que en este momento es, para mí, insustituible, en el centro del territorio rodeado de vacío en que nos encontramos él y yo. Como si estuviéramos solos, resbalo de la banqueta para ponerme en cuclillas sobre su cabeza. Como si estuviéramos solos… Y no obstante, mis brazos levantados se cruzan inconscientemente sobre mi rostro para ocultarlo, para sofocar los jadeos que me vienen en el momento en que siento que, bajo mi falda extendida, su lengua ha encontrado la carne entre mis muslos, a través de las mallas elásticas de los pantys de redecilla. Tengo la impresión de que voy a ahogarme «al descubierto», así, en público…

Cuando, al cabo de un rato, regreso de las profundidades y dejo caer los brazos, me veo obligada a comprobar que no estamos rodeados por la nada, sino por los clientes, cuyas miradas convergen en nosotros. Una parte de la asistencia, entre la que reconozco a mi amiga y a su italiano, se ha reunido en las banquetas, detrás de nosotros, a cierta distancia, como para dejar sitio, para que estemos aislados y

bien a la vista. La otra parte se encuentra ante nosotros: un semicírculo de hombres, unos veinte quizá, de pie codo con codo. ¿Cuánto tiempo hace que están ahí observándonos, inmóviles, silenciosos? ¿Y quién me hubiera dicho hace poco que no me sentiría aterrada al verlos y más aún, que enardecida por mi propia audacia, me pondría, todavía en cuclillas, a mirarlos fijamente uno por uno, uno tras otro? Sólo uno se da la vuelta y se va. Los demás me sostienen la mirada y sé que se quedarán clavados ahí pase lo que pase, mientras proporcione alimentos escogidos a su paciente pasión.

Pero ya ha pasado el momento de eso, y el joven rubio lo comprende así por mi sonrisa sin equívocos, que le hace enderezarse, ponerse de rodillas ante mí, besarme la mano y decirme en francés:

—Gracias…

Es la única palabra que intercambiamos.

Él se levanta y desaparece después de romper el semicírculo, que se disgrega casi inmediatamente. Algunos hombres se acercan a mirarme desde más cerca, a hablar conmigo. Uno de ellos, un distinguido treintañero, muy *dandy* con su traje de tres piezas y su corbata de *twill*, me dice:

—*It was wonderful.*

Y me veo elogiada como una actriz al salir de escena, a quien le aseguran, con emoción, que ha estado «absolutamente maravillosa». Todavía me siento estupefacta[2].

Esos hombres y sus ingenuas felicitaciones hacían que me diera cuenta de que había ofrecido un buen espectáculo y de que ellos, por su parte, habían interpretado el papel de extras ejemplares (admirativos y mudos) en el espectáculo que me había ofrecido a mí misma.

*

Más tarde vi al mismo joven rubio mirándome desde lejos, sentado a solas en la pequeña escalera que lleva al bar; fui a sentarme yo también en los escalones, a su lado. Cuando le

dije que vivía en París, me contestó:

—Me gustaría estar en París con usted —y, al cabo de un rato, añadió—: *Your slave*.

Todavía quedaban manchas, aquí y allá, en su camisa.

La velada estaba ya muy avanzada cuando un espectador me entregó una cadenilla que había encontrado al pie de «mi» banqueta. Volvió a mi memoria la medalla que giraba junto a la punta de la sandalia de lamé. Intrigada por el hallazgo, me parecía absolutamente necesario completarlo y dar con el pequeño óvalo dorado. Inspeccioné el pegajoso tejido de la moqueta húmeda. En vano.

Para saber a qué atenerme busqué al muchacho entre la clientela; también quería pedirle un nombre, una dirección, un medio para volver a verlo. Parecía haberse desvanecido. Me precipité a la puerta del local. La calle estaba desierta, una línea recta que llegaba a perderse de vista. La noche era húmeda. Un aguacero reciente había empapado los detritus en los agujeros, convertidos en charcos, de las hundidas aceras.

Tenía que abandonar Nueva York algunos días más tarde. Nunca volví a ver al guapo chiquillo de los ojos color miosotis. *Forget me not*… No le he olvidado.

Reflexiones 1

Sin duda, nunca se me hubiera ocurrido contar mi vida si la casualidad no me hubiera empujado a hacerlo. La casualidad es
Jean-Luc
Hennig haciendo una encuesta sobre las «estrategias del *voyeur*». La entrevista que tuvimos sobre este tema, apenas comenzada, se desvió en una dirección distinta en la que pronto perdimos de vista el tema inicial, el del voyeurismo. Fue a desembocar en otra cosa, en la narración, en forma de largo diálogo, de ese momento privilegiado de mi vida: el «Martirio de Sebastián».

Como tenía que aparecer en la revista *Tel Quel* un extracto importante, había pedido que me mandaran antes el texto, al menos el de mis declaraciones.

Cuando recibí las páginas dactilografiadas sentí una vaga decepción: «no era eso». Cada palabra era mía, las reconocía. Ningún olvido, ninguna traición, nada que reprochar… Si había decepción, por lo tanto, sólo podía culparme a mí misma. Seguía chocando con esta constatación: «no es eso». O peor: «tan sólo es eso». Entonces rehíce en parte algunas frases, y en su totalidad los últimos párrafos. Cuando acabé el resultado me satisfacía más, pero seguía sin ser eso. ¡Era inútil continuar puesto que, al fin lo había entendido, nunca sería eso! Aun sabiéndolo continué, a pesar de todo: me puse a escribir algunos de los episodios que siguieron a las veladas llamadas «del martirio de Sebastián» y, con el impulso adquirido, otros dos anteriores que tenían por marco Nueva York.

¿Que por qué esa obstinación? Pues porque, sabiendo que en adelante no suprimiría el juego entre la narración y las imágenes que persisten en mi cabeza, deseaba captar para mí,

para mis amigos y algunos soñadores, una huella siquiera de aquellos efímeros acontecimientos, momentos precarios, frágiles, antes de que se convirtieran por completo en polvo.

El martirio de Sebastián

—*Cuénteme la historia de Sebastián.*

—Como ya le he dicho, aquella velada fue una de las que más me impresionaron. Desde varias noches antes no pude dormir. Aquel mismo día no pude comer nada. Y durante dos, o quizás tres horas, me sentí agotada… Sin duda a causa de la pasión que pongo en estas cosas…

Tenía ganas de ensuciar a un hombre con huevos. Es una idea que tengo desde hace mucho tiempo. ¿Ha visto la película llamada *Glissements progressifs du plaisir?* Hay una escena en la que una joven rompe huevos sobre el cuerpo de otra mujer. Deja caer las yemas con delicadeza, de manera que se muevan, que tiemblen, pero que no se rompan. Yo quería otra cosa. Tenía ganas, al contrario, de que se rompieran. Siempre he deseado reconstruir el cuadro en vivo del «Martirio de san Sebastián», sustituyendo las flechas con huevos. Esta puesta en escena requiere un decorado especial (una pared desnuda, un suelo que resista cualquier cosa) y un «actor» excepcional. Encontré lo uno y al otro casi en la misma semana: un hermoso esclavo que, según me parecía, haría un san Sebastián ideal, y, en el apartamento de un amigo, una habitación vacía con una pared completamente cubierta de espejo y un suelo a toda prueba.

Además de aquel hombre (que de ahora en adelante llamaré Sebastián), decidí que habría otros dos participantes: una amiga (que comparte mis gustos) sería una especie de «doncella», y otro hombre, un «sirviente», me ayudaría a preparar el decorado.

En la fecha convenida, llegué la primera, sola. Tenía las llaves. Examiné el lugar pensando cómo arreglarlo. Había llevado todos los objetos que me parecían indispensables. Alrededor de las siete llegó el primer participante, el

«sirviente».

A este muchacho, que se complace en la sumisión, le gusta servir a las órdenes de una mujer y llevar a cabo para ella, diversas tareas domésticas. Yo había previsto, por lo tanto, que él limpiaría el decorado y me secundaría en los preparativos. También quería ensayar mis gestos, es decir, hacer una prueba con él, como con un doble.

Así pues, lo miré fregar el suelo y pulir el espejo. Después le indiqué los discos que deseaba oír mientras se desarrollaba la ceremonia, una música bastante romántica y apasionada. Él tenía que encargarse de los detalles de los que yo no quería encargarme personalmente. Colocamos un sillón de cara al espejo (a dos o tres metros), los cojines de mi «doncella», dispusimos velas, incienso, etc. Le pedí que se desnudara y lo situé contra el espejo para ver el efecto que hacía un huevo resbalando sobre un cuerpo. Eso fue todo. Luego él tuvo que lavarse, vestirse y limpiar el espejo.

De nuevo estaba todo listo: podíamos irnos a cenar. Bajamos a un café a dos pasos de la casa; no pude tragar el menor bocado… ¿Ha hecho teatro alguna vez? Yo sentí exactamente la misma angustia que se experimenta antes de entrar en escena, ese nerviosismo especial, es decir, una especie de ansiedad y euforia a la vez. Luego, una vez da comienzo la acción, se acabó, ya no tengo ningún miedo.

Habíamos acordado que mi «doncella»[3] recogería en su casa al que llamo Sebastián; tenía que asegurarse de que él traía cierto número de accesorios entre los cuales figuraban una venda, un collar de perro y un látigo que me gustaba especialmente. Ambos harían en silencio el trayecto en automóvil. Al llegar a la dirección que le había dado, ella le vendaría los ojos antes de llamar.

Durante ese tiempo, yo no me cambié de ropa. Me puse algo especial: un vestido de satén negro, con los hombros descubiertos, largos guantes negros, también de satén, que subían hasta las axilas, medias negras y zapatos con tacón de aguja.

—¿Y pintura de labios negra?

—Muy oscura. La escena sólo estaba iluminada por velas

colocadas en el suelo, bastante lejos del espejo. El espejo no era de buena calidad y la luz resultaba un poco glauca…

Mi doncella llamó; fui a abrirle personalmente. Allí estaba el muchacho, con los ojos vendados. La venda tenía por único objeto ocultarle, provisionalmente, la vista de la habitación del espejo, que había que atravesar obligatoriamente para pasar desde la entrada a uno de los dormitorios del apartamento. Una vez en el dormitorio, se la quité. La joven, de hecho, no conocía a Sebastián, sólo me lo había entregado. Así que se lo presenté. Él estaba de rodillas. Se lo describí punto por punto: su boca, sus ojos, su cuello. Lo desnudé poco a poco (debo confesar que con cierta violencia, pues le desgarré la camiseta), mientras hacíamos comentarios.

En un determinado momento, mi criado, que asistía al acto en silencio, esbozó una ligera sonrisa, inmediatamente denunciada por la joven. Y entonces tuve una furiosa reacción, pues no hay nada tan desacralizador como la risa; ni siquiera la sonrisa la soporto. Me puse a azotarle con rabia, lo que acabó en seguida con sus veleidades de chanza. Lo puse de cara a una pared y le prohibí que mirara; para él era un castigo bastante duro, porque precisamente le gusta mucho «ver». No dijo nada. Por el contrario, estaba temblando: se daba cuenta de que yo estaba dispuesta a hacerle mucho daño. Después me volví hacia Sebastián, a quien seguí desnudando; también a él lo azoté, pero por otro motivo: no me había escrito la carta prometida, de modo que estaba en falta. Hubo un intercambio de palabras: la palabra es muy importante para mí, juega un papel claramente erótico.

—*¿Toma usted fotografías?*

—¿Quiere decir como recuerdo? En ese mismo instante, nunca… ¿Sabe? Lo único que en realidad me interesa es la tensión dramática de la escena. Por eso, generalmente, la gente que me rodea es poco numerosa. Me he dado cuenta de que, cuando hay demasiados participantes, el interés se dispersa. Siento constantemente a los actores en torno a mí. Cuanto más numerosos son, más difícil es mantener la

tensión, y más agotador resulta para mí. Puede haber hasta nueve o diez, pero ese es el máximo, más bien excepcional. Así pues, cuatro o cinco personas está muy bien. Y, en el curso de esa velada, que quedará grabada en mi memoria, ocurrió algo… no sé… que debe de ser semejante a lo que se siente cuando se toman ciertas drogas: una especie de locura controlada, momentánea, pero locura de todas formas.

A continuación, entramos en el lugar preparado para el ceremonial. Me instalé en el sillón y le pedí a mi doncella que me trajera a quien debía servir de mártir y le hiciera arrodillarse ante mí. Le até las muñecas a los brazos de mi sillón. Después, mientras ella le azotaba, a petición mía también, empecé a besarle, a morderle un poco los labios. Tenía unos labios muy hermosos, suaves y dóciles, como debe ser. Al mismo tiempo veía la escena reflejada a la inversa en el inmenso espejo, reflejo atenuado por la penumbra.

Séverin, mi sirviente, al que había castigado y puesto de cara a una pared, se hallaba ahora detrás de mí, en un rincón oscuro, con la posibilidad de ver cuanto ocurría… Sin poder participar, pero con permiso para ver. Cuando consideré que ya había besado bastante a Sebastián, y que ya había sido azotado bastante, lo desaté, me levanté, lo llevé de rodillas cerca del espejo, lo obligué a mirarse y escupí en el cristal. En seguida se dio cuenta de lo que tenía que hacer: lamer el escupitajo. Después escupí sobre el reflejo de su rostro.

Evidentemente, soy consciente de que la crónica que estoy haciendo ahora de los gestos y de su sucesión puede resultar fría, seca, mientras que su encadenamiento me parece hermoso, conmovedor, necesario. ¿Necesario para qué? Tal vez para la belleza, precisamente… Compréndame, no debe haber altos y bajos… Es todo muy teatral, a fin de cuentas. Creo que lo importante no son los gestos en sí mismos, sino lo que transmito a través de ellos y envuelve a los que están conmigo. Es esta fascinación lo que debo transmitir; si no lo consigo, ya no ocurre nada. Y tengo la impresión de que todo sucede gracias a mí. Si una noche, por casualidad, no me lo creo, o si no me siento bien del todo…, no ocurrirá nada. Y sólo habrá una serie de gestos sin interés; los mismos, pero

sin interés. En realidad, eso es lo que los demás esperan de mí. La prueba es que, como viajo mucho, a menudo he propuesto a mis amigos que se vean en mi ausencia… Pero no tienen mucho interés en verse. Como si necesitaran una maestra de ceremonias. E incluso si me retiro un momento, si delego mis prerrogativas en una de mis cómplices, sigo estando allí para observar, para volver a tomar las riendas…

Después le pedí a mi doncella que se colocara de espaldas al espejo, que se levantara lentamente la falda y abriera un poco las piernas, y a Sebastián que se las lamiera con veneración empezando por la punta de los pies y subiendo poco a poco hacia la pantorrilla, la sangradura de la rodilla, los muslos… Miraba la escena sentada de nuevo en el sillón. El sirviente, detrás de mí, también la miraba, acariciándose (tenía permiso para acariciarse). Aunque estaba en la sombra, yo adivinaba su presencia y sus gestos en el espejo. Cuando le pregunté a mi doncella si Sebastián estaba cumpliendo su tarea de manera conveniente, me contestó que sí. Después volvió a sentarse a mi derecha, sobre los cojines. Entonces ordené a mi sirviente que se arrodillara a mis pies, junto al velador bajo el que habían sido dispuestos la copa con los huevos y el vaso de cristal, y a Sebastián le ordené que a su vez se colocara de pie contra el espejo, con los brazos en cruz.

—*¿Él la miraba?*

—Sí.

—*¿Le suplicaba que tirase los huevos?*

—No decía nada. Es un muchacho que nunca habla.

Entonces mi sirviente rompió un huevo, lo dejó caer en el vaso de cristal y me lo presentó. Lo cogí y lo lancé, desde lejos, sobre el cuerpo tenso de Sebastián. Lancé un segundo contra el espejo, de nuevo un tercero contra él, otro todavía contra el espejo y otro contra él, pero esta vez desde muy cerca, dejando que el huevo resbalara lentamente sobre su cuerpo.

—*¿Todo estaba en silencio?*

—Sí, la música se había acabado, ya no había más que ruidos: crujido seco de la cáscara al romperse, chasquido

sordo de la yema que estalla sobre el espejo, sobre el cuerpo. En mi arrebato, el sonido del cristal se impuso como una consecuencia natural, y rompí el vaso de un golpe. Con el cristal roto en la mano me acerqué a Sebastián, hasta que estuve tan cerca que casi podía sentir el latido de su corazón. Nos miramos… No tuvo un pestañeo, ni un murmullo: mi víctima consentía. Así que llevé a cabo el gesto. Con una punta afilada del cristal tracé una cruz sobre su tetilla izquierda. Lamí durante mucho tiempo esa conmovedora herida.

Se dijeron muy pocas palabras. Sólo yo hablaba de vez en cuando. De todas formas, ellos tenían miedo. Yo estaba bastante tensa. Y aquel vaso roto en mi mano los asustaba. Así pues, se produjo esa especie de muda suspensión debida al temor de lo que va a ocurrir. Mi amiga me confesó al día siguiente que llegó a aterrorizarse un poco al verme en ese estado. Pero en aquel momento no dijo nada. Es cierto que yo estaba en una especie de trance. Entonces retrocedí para contemplar el cuadro. Era eso, estaba bien… como una pintura en movimiento… Hubo un instante de inmovilidad. Sólo se deslizaban, iluminados por las velas, los largos flujos que tardaban en deshacerse sobre el espejo o el cuerpo brillante de líquido viscoso, y más lejos, en la sombra, nuestro silencioso reflejo en las partes del espejo aún intactas.

Le ordené a Séverin que recogiera con la punta de los dedos un poco de aquella mezcla que goteaba del cuerpo de Sebastián mártir y que la depositara en mis labios.

Un momento después, ya acabado el cuadro, le pregunté a mi doncella si quería poseer a aquel hombre así, manchado y en el suelo, o si lo prefería bañado y perfumado. Me contestó que lo prefería bañado y perfumado. De manera que envié a mi sirviente a preparar un baño caliente. El mártir fue preparado según los deseos de mi doncella, y después llevado a una cama de sábanas blancas donde ambos hicieron el amor mientras yo los miraba. Eran muy bellos. Sobre todo él. Como si… Una calma… Como si hubiera recibido la gracia. Ella también lo notó. Me lo dijo más tarde.

Mientras hacían el amor, el sirviente no estuvo presente.

Tenía que limpiar el suelo y ponerlo todo en orden. Lo llamé para que nos trajera *champagne*. Le dimos permiso para beber con nosotros. En este tipo de ceremonias yo organizo el orden de las llegadas, pero también el de las partidas. Hay que saber poner punto final. Sobre todo, que no se desmorone todo en conversaciones y parloteos. Debe haber un principio, un nudo y un final. Cuando nos bebimos el *champagne*, le rogué a mi doncella que se marchara con Sebastián y que hicieran el viaje de vuelta nuevamente en silencio.

Me quedé sola con Séverin. Esta última escena también formaba parte del ceremonial: asistí al trabajo de ponerlo todo en orden, de pie, calzada.

—*¿Desnuda?*

—No, yo no estaba desnuda. Nunca lo estoy, por otra parte. O más bien, nunca me exhibo desnuda. Nunca. Cuestión de ética… El sirviente también estaba vestido. Debo confesar que fui bastante perversa… volqué su… Tuvo que hacerlo todo por segunda vez.

—*¿Qué es lo que volcó?*

—La palangana de agua caliente: él acababa de fregar el suelo. Después le pedí que se ocupara de mi cuerpo…

—*¿Era él quien más le gustaba?*

—No. Pero había decidido que aquella noche ocurriría así. Él tenía derecho a alguna recompensa. Nos había servido. Y durante algún tiempo había permanecido aislado, aparte…

Después de inspeccionar su trabajo, cuando consideré que todo estaba bien y que no quedaba la menor huella de nuestro paso, le pedí que me acompañara a mi casa.

*

—*¿Hubo una continuación del martirio de Sebastián?*

—Sí, aquella escena me impresionó tanto que sentí el deseo de revivirla otra vez, pero no exactamente igual, pues sabía que entonces no obtendría más que un reflejo un poco descolorido, un sentimiento de repetición inútil, de débil eco. Lo que yo quería era una variación sobre el mismo tema. Sí, precisamente eso… la metáfora musical… «variaciones sobre

un mismo tema». Y, entre las múltiples variaciones posibles, elegí volver a interpretarla «en femenino»: una mujer pues como ídolo, objeto, estatua viviente, mártir.

—¿Y no tenía miedo de que resultara una repetición?

—Mi proyecto actual es precisamente ése: repeticiones y variaciones sobre un ritual… Es exactamente lo que acabo de decirle sirviéndome de la metáfora musical «tema y variaciones». Podría hablar igualmente de «repetición y diferencia»… «juego de lo idéntico y lo otro»… de «darle la vuelta» a una imagen… para ver que pasa… Entiendo muy bien a los que, recorriendo en diagonal algunos párrafos, pensarán que ya está muy visto, que volver sobre todas esas extravagancias, sea cual sea la manera, es superfluo. Incluso suponiendo que se interesaran la primera vez, dirán: «Una vez vale… dos es demasiado». Dirán que siempre es igual… ¡Claro! ¡Pero yo contestaría, si no temiera sus alaridos, que en ese caso todos los conciertos de Mozart son iguales! Evidentemente, me doy cuenta de que estos juegos sobre «repetición y diferencia» son bastante cerebrales, tanto más cuanto que conducen a prácticas extrañas en las que el gusto por lo «impropio» se mezcla con el de las composiciones estetizantes.

—Volvamos entonces al martirio de san Sebastián en su nueva versión. Decía usted que quería volver a interpretarlo en femenino.

—Sí: una mujer como ídolo, objeto, estatua viviente, mártir… Ya he dicho todo esto. Para acrecentar mi impresión de redescubrimiento, también necesitaba otros participantes: un nuevo «sirviente», dos nuevos «acólitos», un hombre y una mujer a los que propuse que oficiaran conmigo. Sólo Sebastián, el «bello esclavo», fue invitado por segunda vez. Por el contrario, el lugar y el decorado del ceremonial eran los mismos.

Así pues, en el día fijado, llegué otra vez sola al gran apartamento vacío y silencioso. Volví a encontrarme con la misma habitación desnuda y su suelo neutro, las mismas paredes sin más decoración que un revestimiento bajo pintado de color oscuro y sobre todo aquella pared, aquella

pared cubierta por un inmenso espejo. Como estaba previsto, el sirviente apareció poco después. Ya he dicho que todavía no me había servido nunca. Sabía que no era un neófito, pero decidí limitarlo esa noche al papel de criado, por el que, de todas maneras, sería juzgado rápidamente digno o no de ser admitido más tarde en el círculo de iniciados. Su tarea (el arreglo de la decoración, semejante en todo a la primera vez) se vio facilitada por la familiaridad que yo tenía ya con el lugar. Mi afición por el rito me llevó a utilizar los mismos objetos, dispuestos de la misma manera; no había por lo tanto, el menor motivo para que vacilase en mis órdenes: limpiar el suelo, el espejo, colocar a unos tres metros de ese espejo el sillón de la maestra de ceremonias, los cojines con el velador bajo al lado, la copa con los huevos, el vaso de cristal, etc.

Como no tenía necesidad de «ensayar» mis gestos con el sirviente, puesto que ya los conocía, me conformé con mirarlo hacer y, apoyada en una pared, velar por el resultado. No obstante abandoné de vez en cuando esta vigilancia, puesto que él anotó, en la crónica de la velada que me entregó algunos días más tarde: «En espera de los demás invitados, ella se ocupa un poco de mí: me pide que la bese en la boca… muy tiernamente… después, de pronto, me muerde los labios con mucha fuerza… Lo hace varias veces durante la velada, alternando una gran dulzura y un gran dolor, complaciéndose en avisarme antes (“voy a morderte… voy a abofetearte…”) para que yo sepa que debo dejarme hacer». (¡Diré de paso que yo, con toda seguridad, no le tuteé!).

Cuando todo está dispuesto, me retiro para ponerme el traje de maestra de ceremonias que ya le he descrito (largo vestido de tejido oscuro, movedizo, brillante, que descubre los hombros; guantes largos de satén negro que llegan hasta las axilas, zapatos con tacón de aguja, collar y joyas de jade). Inútil insistir sobre este tema… Al verme, el sirviente dijo: «Usted es hermosa…», y yo le ordené que me sirviera un vaso de *whisky*. Ya he precisado, según creo, que las llegadas, la sucesión de las llegadas, es algo que siempre está

minuciosamente calculado.

Cuando abro la puerta, la muchacha está inmóvil en el descansillo. Lleva, como habíamos acordado, un antifaz con las órbitas cegadas por un tejido pálido recamado de lentejuelas. La cojo de la mano para guiar sus pasos en este apartamento que no conoce. Está vestida, como tantas otras veces, con telas orientales sabiamente combinadas, en tonos rojo vivo. Pero eso importa poco, porque la desvisto con bastante rapidez, dejándola desnuda y de rodillas en el suelo de una habitación vecina. Le digo entonces que se quedará así, sin poder moverse ni ver, hasta la llegada de los invitados (cuyo número e identidad ignora). También le está prohibido hablar durante toda la velada, salvo a petición de uno u otro de los oficiantes. Después, jugando, la aprisiono en una red flexible que encuentro en la casa, por casualidad, colgada en un cuarto pequeño. Las mallas son tan anchas que el cuerpo es completamente visible y la punta de los senos pasa fácilmente entre ellas. Seguramente aproveché para acariciarla un poco. No tuvo que soportar durante mucho tiempo la incomodidad de su posición, pues los invitados llamaron casi en seguida, puntuales a la cita. Sólo quedaba enviar a mi sirviente a buscar a Sebastián a un café vecino en el que esperaba que le convocaran. Él también tenía que presentarse con un antifaz cegado sobre el rostro, para impedirle, no el descubrimiento del decorado (que ya conocía), sino el de los demás participantes.

—*¿No sabía nada de lo que iba a ocurrir?*

—Sí y no. No me gusta contar las cosas antes: contar ya es «hacer» un poco, y después tengo muchas menos ganas de «hacer» realmente. Sebastián no se hubiera arriesgado a preguntar directamente, no hay duda… (¿acaso un «esclavo» hace preguntas?), pero era evidente que intentaba conseguir… digamos «migajas para soñar» por medios indirectos…; de todas maneras le dije que habría una muchacha. Yo sabía que verse encadenado a una mujer formaba parte de sus fantasmas (una palabra muy sobada, pero bastante cómoda)… También había adivinado que emplearía otra vez los huevos, pues, imprudente, yo había

dejado escapar la expresión «variación sobre un mismo tema». Así que, evidentemente…

Él también fue guiado hacia una habitación distinta, una tercera habitación en la que lo dejamos solo, de rodillas, con los ojos vendados, en espera de su entrada en escena. Desde aquella alejada habitación no podía oír lo que ocurría fuera. Pronto se sintió excluido; bueno, eso es lo que me dijo en su carta…

—*¿Es que usted exige que le escriban?*

—¡Yo sólo exijo lo que estoy segura de poder conseguir! Pero es cierto que me gusta mucho recibir crónicas. Lo ideal sería, incluso, que cada participante escribiera su propia versión de la ceremonia. ¡Qué diferencia entre una y otra narración! Los tiempos fuertes sirven de eje, claro, pero a veces hay olvidos sorprendentes, reveladores, o por el contrario, momentos aparentemente insignificantes, breves, que han hecho latir el corazón y cobran en relación al resto una importancia desproporcionada. Sobre este tema, Séverin, Sebastián y mi doncella, con toda seguridad, sentirán la diferencia entre lo que vivieron y lo que yo digo. Esos puntos de vista desajustados son, precisamente, lo interesante. Puede que incluso hubieran de publicarse, como contrapunto a mi propia narración.

—*¿Así que ya habían llegado todos los participantes?*

—Sí, ahora están presentes todos los actores. Pero sobre ese momento sólo quedan en mi memoria elementos discontinuos: los invitados, el hombre y la mujer (llamémoslos H. y M., será más sencillo) junto a la muchacha desnuda… la red sobre su piel suave, cálida, mate… la huella, apenas visible en cada hombro, de las letras L y A, líneas extremadamente finas, blancas sobre la piel bronceada; la tensión del busto cuando le acarician con insistencia los senos; suspiros… algunas órdenes, como, por ejemplo, la de levantarse y dirigirse (con nuestra ayuda, puesto que ella sigue ciega) al decorado preparado para la ceremonia. Entonces levanto fugazmente su antifaz para que pueda ver el gran espejo delante del cual vamos a situarla. Frente a nosotros, de espaldas al cristal, tiene que arrodillarse y

después, con los brazos en cruz, inclinar el pecho hasta tocar el suelo con los hombros y separar los muslos, lo que da al cuerpo una posición de ofrenda especialmente hermosa e impúdica, con el reflejo en el espejo exponiendo el sexo en primer plano. Le decimos que la encontramos muy bella en esa postura, y que va a quedarse así hasta que nos cansemos…

—*¿Por qué ese silencio?*

—No lo sé… Ya no sé muy bien lo que ocurre, de nuevo. Al describirle la imagen, me doy cuenta de que la red ya no aprisiona el cuerpo. ¿Cuándo lo liberé? Ya no me acuerdo… A continuación, fui a la habitación en que Sebastián esperaba que nos dignásemos acordarnos de él. Debí de hacerle desnudar, puesto que lo vuelvo a ver poco después de rodillas, sin ropa, con los ojos todavía vendados, en la habitación donde se encontraba antes la muchacha. A una señal de la mano el sirviente se acercó y empezó a besarlo, tan sólo rozándole los labios, como yo le ordené que lo hiciera.

Entonces nos acercamos nosotros, en silencio. Nuestras caricias se suman a las del sirviente, caricias anónimas y sin sexo para la hermosa cabeza ciega. Le hiero los pezones con mis uñas afiladas, e instantáneamente sus músculos se ponen en tensión. ¡Es bastante excitante comprobar hasta qué punto está condicionado al toque de un dedo, si puedo decirlo así, su buen funcionamiento! De vez en cuando, nos aseguramos de que la muchacha (siempre me dan ganas de llamarla Judith o Salomé) sigue en la posición en que la hemos colocado.

—*¿Pero no había usted hablado de «encadenar»?*

—Sí… estoy llegando a eso, precisamente… Podríamos llamar a esta escena el *Retablo de los esclavos encadenados*. Ocupamos entonces, en el decorado ritual, los lugares consagrados a cada cual. Ya los conoce: de cara al espejo, los acólitos a mi derecha y el sirviente a mi izquierda, junto al velador.

La muchacha puede levantarse al fin, y Sebastián es traído ante nosotros. Les anuncio que los van a atar espalda contra

espalda, sin que puedan mirarse, con ayuda de correas y cadenas de acero, por los brazos, las muñecas, los muslos y los tobillos, y que después serán azotados, así, sin motivo, para disfrute mío y de mis amigos (también del suyo, pero eso no se lo digo).

—¿Eran los dos de la misma altura? ¿Qué aspecto tenían?

—Ambos son altos, ella un poco más baja, sí, pero eso no plantea el menor problema, pues no se quitó los zapatos de tacón alzado que la elevan lo bastante como para que, una vez inmovilizados ambos, sus cuerpos se unan debidamente. Están colocados contra el espejo, de perfil en relación a éste y por lo tanto también en relación a nosotros. Le doy un látigo de cuero a H., que inmediatamente se sirve de él contra la muchacha. Ella no se resiste, pero sus instintivos movimientos de retroceso se ven contrariados por las ataduras y arrastran a Sebastián a unas oscilaciones que amenazan con hacer que ambos pierdan el equilibrio. Yo no empiezo a azotarlo a él hasta que veo que los estremecimientos y gemidos de la muchacha lo conmueven tanto que empieza a gemir él también. Cuanto más le golpeo, en el pecho, el vientre, los muslos, más se queja; eso debería empujarme a recrudecer los golpes, y sin embargo me detengo. Al volverme, veo que F. ha atado al sirviente a un tubo y le maltrata en la sombra, mirándonos.

—No ha contestado a mi pregunta sobre su aspecto físico.

—¡Quizás porque esa pareja corresponde de tal manera a un estereotipo que casi resulta molesto! Una joven morena con un muchacho rubio, ¡parece publicidad para una revista de lujo! Pero, en realidad, ¿por qué tratar de huir de los clichés? ¿Por qué no confesar que eso es lo que yo tenía ganas de tener ante mis ojos, un cliché viviente…? ¡Una morena y un rubio, y además bellos, lo cual no arregla nada! Puesto que desea que le diga algo sobre ellos, lo haré: ella tiene un perfil muy nítido, porte altivo, cuerpo delgado, cabello oscuro, piel dorada, ojos negros; las expresiones que me vienen a la cabeza son «diosa egipcia», «princesa oriental» o, si lo prefiere así, una Salomé de Gustave Moreau. Por el contrario, él es de ojos azules, cabello rubio, aspecto de venir

de las llanuras del Norte, un rostro con delicados rasgos de arcángel prerrafaelita. ¡Y ya está usted al corriente!

Otra vez tengo una laguna de memoria. Pero lo que veo después es a los esclavos desatados, Sebastián llevado detrás de mi sillón y la joven que pide en voz baja que la conduzcan al aseo. Obviamente decidimos que lo haga delante de nosotros, en seguida, sobre el sirviente.

—¿Cómo estaba vestido el sirviente?

—Ya no tengo la menor idea. Con toda seguridad, nada notable, si no me acordaría. Estaba vestido, de eso estoy segura porque fue en ese momento cuando le ordené que se desnudara y se tendiera boca abajo en el suelo con la cabeza vuelta hacia el espejo. Al cabo de algunos instantes, con las piernas separadas, erguida, hierática, Salomé se abandona, a plena luz, con un chorro potente, continuo, que inunda la espalda del sirviente, le salpica las nalgas y luego forma en el suelo un charco que crece poco a poco. La miramos sin decir nada: sólo se oye el ruido del chorro, muy largo. Al final, M. se arrodilla a medias y le separa las nalgas. El líquido fluye despacio entre ellas. Entonces le pido al sirviente que se vuelva, alce la cabeza y seque con la lengua el sexo de la muchacha, que continúa de pie con la cabeza alta, inmóvil sobre él. Y lo hace. Lo hace sin que sea necesario insistir. Incluso lo hace bien, puesto que ella parece sentir placer.

—¿Por qué dice usted «parece»?

—¿Cómo estar seguro de que una mujer siente placer? Hay manifestaciones que lo dejan suponer, eso es todo. Ésta empezó a retorcerse un poco, a doblar las piernas, a abrir la boca, a suspirar con la cara alterada. Es lo bastante narcisista como para gustar de exhibirse y que esa misma exhibición le provoque placer y la lleve a su apogeo (esta palabra es muy literaria y un poco anticuada, pero me gusta). No puedo decir nada más, salvo que al día siguiente ella afirmó que había sentido placer: sólo estoy segura de la afirmación. En aquel momento, el espectáculo de su placer estaba tan logrado que nadie, ni los demás ni yo, nos hicimos la pregunta.

Ahí se sitúa la escena central, la del martirio de Sebastián, la que ya le he contado, pero reproducida esta vez con una

mujer. ¿Por qué una mujer? Porque eroticamente, estéticamente, me parecía una sustitución obvia… casi demasiado obvia, incluso… porque, sensualmente, también me gustan las mujeres… porque mi invitado, H., las prefiere por encima de todo lo demás… porque la propia Salomé deseaba ser objeto de una puesta en escena…

Como la primera vez, le pedí a la «mártir» (la muchacha) que se colocara ante el espejo con los brazos en cruz. Era una víctima mucho más frágil y graciosa con su ligero contoneo y la cabeza un poco inclinada, una bonita pose instintivamente adoptada sin que hubiera necesidad de dar indicaciones. Fue entonces, pero solamente entonces, cuando le quité definitivamente el antifaz que llevaba desde el principio de la velada, y le puse en el pelo una corona de espinas.

Los «oficiantes» están en sus lugares respectivos. Ya conoce los gestos: el huevo en el vaso que lanzo de pie, desde lejos, al pecho de la mujer, donde estalla en forma de estrella; luego otro sobre el espejo, el tercero sobre su vientre, el siguiente se lo doy a M., que se inclina hacia mí para preguntarme si puede arrojárselo a la cara. Le digo que no. Quiero que nuestra mártir conserve esa límpida expresión que se observa en los santos durante los peores tormentos. Es H. quien lanza el último huevo.

Contra mi proyecto inicial, de pronto me entran ganas de ensuciar a Sebastián, que sigue detrás de mí con el látigo colgando de la boca gracias a una cadenilla entre las mandíbulas apretadas. Le quito el látigo y la venda y le digo que vaya a ponerse de rodillas con las manos a la espalda, frente a nosotros, entre las piernas de Salomé. Así colocado, su cabeza oculta el pubis de la muchacha. Lo sometemos a su vez al «suplicio», de la misma manera y siguiendo el mismo ceremonial.

Luego todo se detiene de súbito. Ahora hay que mirar. Nuestros mártires no se mueven. Las claras resbaladizas y brillantes se deslizan en hilillos a lo largo de las caderas, el vientre, los muslos de Salomé, se acumulan en el vello del pubis, resbalan sobre los hombros de Sebastián, caen lenta, inexorablemente sobre su torso, su sexo, y al final al suelo,

donde poco a poco empiezan a formar un charco.

Suntuoso… sí, es suntuoso… Y siempre nuestro insistente reflejo en el espejo glauco, en aquellos sitios en que los regueros opacos no lo empañan… Al mirar el cuadro, experimento la misma emoción que la primera vez. En rigor, debería haber terminado entonces el ceremonial, pero la pasión me empuja a continuar.

—*¿Por qué tendría que haber acabado entonces?*

—Porque mi proyecto inicial era solamente revivir la escena con una mujer. En principio, todo tenía que terminar con el cuadro acabado. La organización de la velada, por lo tanto, se ve bruscamente trastornada por esa evidencia que se me impone; hay que continuar.

Me acerco al espejo sin preocuparme de los charcos que ensucian mis zapatos, retiro del cabello de la muchacha la corona de espinas para ponerla en la cabeza del sirviente como si la colgara de una percha, desembarazándome de un accesorio que ya no sirve.

Entonces pido a ambos mártires que se besen y, mientras lo hacen frente a frente, que se froten lentamente el uno contra el otro para adherirse aún más. Para estar segura de que no se ha librado ninguna parcela de piel, de que no queda ninguna parte intacta, pongo entre ambos pechos un huevo, éste entero (quiero decir con su cáscara), para que lo trituren apretándose más aún. Pero el huevo resbala y estalla al chocar contra el suelo. Vuelvo a poner otro. Por su parte, M. ha aplastado un huevo en la cara del sirviente; con su corona de espinas ladeada y el rostro chorreando, ya sólo tiene aspecto de *ecce homo* profanado.

Pero ya es hora de pasar al siguiente acto, sin esperar más. He decidido que las víctimas harían el amor delante de nosotros, en el suelo, a nuestros pies. Es necesario que lo hagan en seguida, con rapidez.

Entonces sorprendo a Salomé murmurando algunas palabras al oído de Sebastián. Me horroriza esa connivencia que no pasa por mí. ¡Qué pena no tener una mordaza a mano! Pero tengo el látigo; sin hacer la menor observación, les inflijo algunos golpes para recordarles que les está

prohibido hablar.

—*¿E hicieron el amor?*

—Sí, hicieron el amor en el suelo sucio, entre charcos viscosos, huevos desparramados, cáscaras rotas que se desmenuzaban bajo el peso del cuerpo, cuerpos que resbalaban uno sobre otro con ruidos de succión, de chapoteo, como los del mar en los remolinos, en las anfractuosidades de las rocas.

El pelo de Salomé se moja, se anega poco a poco, formando mechas, cuando vuelve la cabeza a la luz inestable de las velas. Y por encima, inevitables, nuestros reflejos fragmentados, silenciosos en el turbio espejo…

Ambos gritaron.

La escena se inmovilizó durante algunos segundos, tal vez minutos. Ya no se oía más el chisporroteo de las velas y nuestra respiración. La música se había acabado hacía tiempo. Nadie se había dado cuenta.

—*¿Terminó entonces la ceremonia?*

—No. H. solicitó servirse de la boca de la muchacha. Instalado en el sillón, ocupando mi lugar, la obligó, arrodillada ante él, con el cuerpo revestido de regueros amarillos que se habían secado en algunos sitios formando delgadas y brillantes películas, a tomar su sexo en la boca hasta alcanzar el placer.

—*¡Es extraña esa fascinación por los huevos!*

—No tengo la exclusiva, ¿sabe? O, en todo caso, no tanto como usted cree… recuerdo una frase de Sebastián: «¡Qué pena que esto se seque tan deprisa!». Ya ve… Por mi parte, añadiré: Qué pena que ya no huela, bien o mal.

Volviendo a su reflexión, ¡las pasiones no compartidas siempre son extrañas! Cuando usted rompe delicadamente un huevo sobre una superficie plana, es perfectamente liso y redondo. Hay cierto placer, quizás extraño, en el repentino estallido, la explosión y la caída del flujo viscoso. Eso es, en efecto, la voluptuosidad…

A propósito, ¿cómo es que todavía no me ha hablado usted de Georges Bataille, referencia obligada cuando se trata de la utilización erótica de los huevos? Cierto que ya he

evocado esa secuencia de *Glissements progressivs du plaisir* que es, en cierta forma, un homenaje a Bataille…

—Exactamente… Volvamos al martirio de Sebastián…

—De repente me di cuenta de que era muy tarde. A causa de las reanudaciones, la sesión había sido más larga de lo que yo preveía (por otra parte, el sirviente anota en su crónica: «Toda esta escena tan larga y tan bella…». Tuve que precipitar lo que para mí, ya lo he dicho, sigue formando parte de la ceremonia: el baño, el poner orden, las despedidas… En aquel momento sentí una especie de frustración. ¡Nada grave, de todas maneras!

—Sus recuerdos de esta segunda velada me parecen más confusos.

—Es verdad. La primera era más lineal. Todo estaba previsto con exactitud… Yo sabía exactamente adonde quería llegar. Éramos menos numerosos. Yo era la única dueña y señora del juego, nada se me podía escapar… no había ningún riesgo… Además, como escribí la narración de lo ocurrido algunos días más tarde para mi marido, que estaba de viaje por el extranjero, conservé un recuerdo muy claro; de ahí esa impresión de «memoria sin defectos» que usted ha hecho notar.

La segunda fue más profusa. En primer lugar, mi puesta en escena era más complicada, puesto que contaba con más personajes. Al invitar a dos «amos», invitaba con ellos a una cierta «aleatoriedad»: intervenciones paralelas, simultáneas, pequeñas y bruscas improvisaciones que a veces se me escapaban y que no he citado.

Ocurrió pues que, dada la abundancia de «acontecimientos» y lo tardío de la hora, sólo gracias a usted y con apoyo de la crónica del sirviente he podido reconstruir el conjunto. Todo esto explica esa impresión de desarrollo lleno de espacios en blanco, seguido de momentos largos o breves, con frecuencia muy concretos, cuyas articulaciones, por el contrario, son vagas o directamente inexistentes.

Esto es todo. Me gustaría… sé que es ilusorio… no obstante me gustaría que los participantes en esa velada, sobre todo Sebastián, no piensen, al menos no demasiado, al

leer mi narración, lo mismo que el héroe de *Navire Night*, «J. M., el joven de los Gobelinos», al leer la primera redacción del texto de Marguerite Duras: «Todo es verdad, pero no reconozco nada».

—*¿Ha vuelto a llevar a cabo esos juegos con huevos y espejos?*

—No, nunca he vuelto a utilizar ese decorado. Ni siquiera he vuelto a aquella casa. ¿Es definitivo? No lo sé. Pero, por el momento, puedo decir: «Se acabó el Martirio de Sebastián».

Reflexiones 2

Me gusta el terciopelo negro, los oros viejos, los rojos oscuros a la luz tenue de las velas y el olor del incienso; me gustan la curva exacta de las caricias afectadas, los fastos ampulosos, los despliegues fluidos, los desarrollos lentos que lindan con lo inmóvil, las miradas venenosas, las manos blancas con las uñas lacadas, las bellas Herodías con joyas antiguas languideciendo sobre telas tornasoladas, adormecidas por el pernicioso efluvio de sus perfumes demasiado densos… Pero en realidad no duermen detrás de sus pestañas alicaídas, y pronto se despiertan sus manos indolentes, crispándose zalameras sobre la piel lisa de los esclavos. Las uñas lacadas buscan la nuca, y los alfileres, desprendidos, se trocan en puntas agudas que desgarran a quienes se han aventurado hasta aquí en espera de la humillación, del exceso en el que, por una prodigiosa desviación, la deyección y la suciedad son deseadas como otras tantas pruebas en busca de una vertiginosa pureza que las arrastra en una espiral sin fin, que las aspira, que nos aspira con ellas hacia mundos huidizos que se nos escabullen, que se escabullen siempre, hasta el agotamiento.

Hasta el agotamiento… Y después todo vuelve a su orden.

Los perfumes densos, las miradas venenosas… las bellas y lánguidas Herodías… Y esos «aquí» que no se precisan y que son, por supuesto, una «rica vivienda» o algún «castillo aislado»…

¡Este es, planteado de entrada, el enojoso problema de lo convencional del cliché que sería loable rechazar en favor de la originalidad, mucho más interesante!

Mirando un poco más de cerca, el reproche de convencional proviene a menudo de exigencias como mínimo sospechosas, y el término de «cliché» sirve menos (o digamos

igual) para denunciar lo convencional que para designar lo que molesta o deja frío; en este sentido el cliché, como la pornografía, es el erotismo de los demás.

Dicho esto, la distinción no me parece pertinente: en su omnipresencia el cliché ocupa, de hecho, todo el terreno. El combate está perdido de antemano. Incluso disimulando bajo nuevos oropeles, siempre reaparece, haga uno lo que haga. Nos han moldeado con él, a mí y a todos los demás. El imaginario erótico se burla de la originalidad. Mejor admitirlo…

Condenada a la obstinada persistencia de los clichés, tuve ganas de vivirlos, de darles cuerpo al antojo del miedo, del accidente, y, siempre sobre el filo de la navaja, ponerlos a prueba arriesgándose a verlos, éste es el peligro, oscilar hacia lo irrisorio.

Ganas de vivirlos, de darles vida… la única originalidad posible, tal vez, radica en volver sobre ellos.

Así pues no se trata de ficciones, incluso si mis «veladas de fantasma» extraen sus temas de la imaginería tradicional del sadomasoquismo, con su arsenal de látigos, cadenas, etc.

Ya sean ceremoniosos simulacros o sacralizaciones provisionales, es la planificación, lo teatral lo que me interesa, bastante lejos de un erotismo más «fuerte» (pero igualmente convencional), el del macadán, la jungla ciudadana, la sincopada estridencia de los neones, los neumáticos que chirrían sobre el asfalto mojado, los aullidos de sirenas, ese erotismo en que tíos buenísimos con la polla dura se menean lamiendo los vaqueros, empapados de orina, de jóvenes motoristas de ojos claros, plantados, con las piernas abiertas, en los malolientes agujeros del metro aéreo, en Barbés o en cualquier otra parte, a la difusa luz de los macilentos faroles, en la noche pegajosa y el ruido de chatarra de los vagones que pasan interminablemente sobre sus cabezas… Esto no es más que un ejemplo, sin embargo, pues a veces también practico lo «sórdido» en su cruda desnudez y me fascina de igual manera. Pero mi propósito aquí es otro: es, en una palabra, lo ornamentado.

He decidido contar algunas ceremonias emblemáticas,

extraídas de un repertorio más amplio que a menudo gira en torno a puestas en escena ritualizadas donde las inmovilizaciones, los silencios, los juegos para la vista (máscaras, espejos, luces) y la distancia sugieren menos la orgía que el cuadro viviente, incluso si no se reducen a él. A pesar de que el rito se complazca en las repeticiones, en cada ocasión reservan sorpresas para mis amigos y para mí, aunque sólo sea por las variaciones, las nuevas combinaciones en la elección de los actores, o la distribución de los papeles. Nunca deben ser idénticas, bajo riesgo de aburrimiento. Nunca.

¿Y dónde está lo sexual en todo esto? Lo sexual está ahí, constantemente presente, en el centro de todo, pero en suspenso, diferido. Por supuesto.

El Sena

Esta noche o nunca… Está decidido.

Las noches cálidas son raras en París; incluso en el corazón del verano, las nubes se amontonan al atardecer y, una vez pasada la tormenta, hace fresco, demasiado fresco para pensar en acercarse al borde del agua por los muelles del Sena. Razón de más para no tergiversar y sacar provecho de esas noches de una suavidad desacostumbrada que suceden, desde hace poco, a los días de canícula. Ayer mismo, acompañada de un amigo que estaba de paso, con ocasión de un paseo nocturno sin rumbo aparente, dirigí nuestros pasos de forma subrepticia hacia esa parte del muelle, cercana al Louvre, a la que vuelvo gustosa, con el propósito de hacer un discreto pero indispensable reconocimiento del terreno.

No ha cambiado nada. La anilla sigue allí, enorme, una anilla de amarre, empotrada a la altura de un hombre en el muro de piedra. Nunca la he visto utilizar: ni para retener el cordaje de una gabarra ni para ninguna otra cosa. ¿De dónde viene, entonces, la profunda degolladura que horada la piedra, bajo el metal, si no es de la usura?

Telefoneé a Pierre en cuanto me desperté. Está en París, de vacaciones, sin ningún proyecto en particular. Le pedí que me dedicara la tarde (sin decirle nada más). En cuanto a Liliane, a la que de todas maneras tenía que ver, no supone ningún problema modificar la cita.

Pierre libre… el cielo imperturbablemente azul… Tengo todos los triunfos en la mano.

Así pues, esta noche…

*

A la hora convenida Pierre está delante de mi puerta, al volante de su coche, para llevarme a su casa, en lo alto de Montmartre. El edificio debe de estar construido sobre un pronunciado desnivel del terreno, ya que, para acceder al apartamento de sus padres, que es de cara a la calle un primero, y de cara al patio un tercero, hay que descender un escalón si se viene del exterior.

Su habitación se parece a la de cualquier estudiante de su edad: libros, una deslumbrante cadena de alta fidelidad, montones de cassettes, discos, etc., con excepción, no obstante, del cenicero lleno de colillas apagadas: no fuma.

Como su atuendo no me conviene, elijo en su guardarropa una camisa azul claro, un pantalón de un azul un poco más oscuro, un cinturón de cuero rojizo.

Se desnuda rápidamente y con una fascinante agilidad de movimientos. Asaltada por una duda, bajo el elástico de su slip. Ahí está la piel, bajo la tela, indudablemente más pálida. Le digo:

—¡Pero si estás moreno!

—¡Sí, los negros se ponen morenos! —me contesta riendo.

Asombrosa revelación.

En cuanto está listo salimos otra vez, con el Sena por destino.

De pronto, durante el viaje, me doy cuenta del estado del retrovisor exterior: toda la superficie está resquebrajada en forma de estrella, inutilizable.

La antevíspera, parado en una apartada avenida del Bosque de Bolonia, estaba buscando a la luz de la lámpara de techo un objeto en la guantera cuando una detonación muy próxima lo hizo saltar. Comprobó, inmediatamente que el espejo de su retrovisor se había astillado en todas direcciones alrededor del impacto, muy limpio, de la bala. Debían de haber disparado desde el coche que acababa de adelantar al suyo. ¿Le dio tiempo a anotar el número? No, desapareció rápidamente en una curva, y además ya había caído el crepúsculo: ¡bajo los árboles ya estaba muy oscuro! ¿Por qué esa agresión? Lo ignora. ¿Agresión racista, tal vez? De entrada, él rechaza la idea «por falta de pruebas», como

siempre. Me intriga esa obstinación en pensar contra corriente. Tendré que volver sobre el tema en otra ocasión.

Ya es completamente de noche cuando aparca junto a la acera de las Tullerías. Tomamos la empinada y recta escalera que baja directamente al muelle. Liliane espera sentada en un escalón. La rodeo sin decir una palabra. No creo que Pierre haya advertido nuestro intercambio de miradas. Los tacones finos me molestan para avanzar por los antiguos y desiguales pavimentos de la orilla. Pero sólo hay que andar unos metros para llegar a la anilla. Allí, tiro al suelo la bolsita que le entorpece las manos y se las ato a la espalda con una cuerdecilla que saco de uno de mis bolsillos, una cuerdecilla de seda que un día encontré en un cajón en casa de mi abuela, en medio de un revoltijo de lazos y ballenas de corsé. A continuación, anudo sólidamente los dos cabos sueltos a la anilla. Todo ocurre muy deprisa. Sin gestos inútiles ni falsas maniobras… Estoy acostumbrada.

Él está pegado al muro. Podría apartarse un poco y cubrir exactamente la longitud del diámetro de la anilla, trazado en horizontal. Pero ¿para qué iba a intentarlo? ¿No parece, así apoyado, que está tomando el fresco?

Una mujer pasa sin prestarnos atención: Liliane se sienta un poco más lejos, en el banco.

Por otra parte, pocos son los paseantes que se aventuran hacia este extremo del muelle, sin salida aparente a menos que uno conozca la existencia de la escalera.

De la ciudad llega una vaga claridad, y de allá arriba, de las farolas de la calle, cae una luz deslumbrante a través de las hojas de los álamos.

Pero, sobre todo en las noches de verano, hay que contar los potentes faros de los barcos, cargados de turistas en apretadas hileras, que surcan el río a poca velocidad, iluminando a su paso, de una orilla del Sena a la otra, la fachada de las casas, el frente de los edificios, los árboles desde sus copas, los arcos del puente, el muro de piedra, el abollado pavimento del muelle, y, delante de mí, recortada en la piedra, la escotadura de tres escaloncillos que conducen al agua, sumergidos a intervalos regulares por las pequeñas

olas e intermitentemente por remolinos más grandes que vienen a romper en la orilla con un ruido de resaca. Éste es ahora tan fuerte que cubre el ruido discontinuo de los altavoces gangosos de una lancha motora que se aleja.

Demasiado modesta, esa lancha… La he dejado pasar.

El buque que aparece a lo lejos entre los pilares de un puente, río arriba, de un tamaño mucho más considerable, es el que estoy esperando, lo reconozco. Desciende la corriente y avanza, imponente, en nuestra dirección. Completamente rodeado de grandes proyectores, inunda con una marea de luz las orillas y la superficie del río, que se fragmenta en miles de reflejos rotos. Se acerca a simple vista. Atraviesa el último puente. Su techo de vidrio proyecta en la bóveda, vivamente iluminada, un fugitivo entrecruzamiento de imágenes movedizas. Cuando atraviese el puente estará sobre nosotros, ineludiblemente.

Aparecen, en dirección opuesta, cuatro jóvenes que se dirigen hacia donde nos hallamos. Andan deprisa. Ya sólo están a una veintena de metros. Pero no queda tiempo para retroceder: no hay manera de escapar a la trampa que me he tendido.

Apenas unos instantes y estamos, de lleno, bajo la luz de los proyectores. Más allá de la fosa, detrás de la rampa luminosa, distingo el amontonamiento de cabezas que miran, en la orilla, a una mujer menuda y vestida de blanco, azotando a un joven negro, descamisado, pegado a la alta pared de piedra que sirve de fondo a la escena.

Estirado primero con ambas manos, el cuero del cinturón se despliega con un golpe seco y preciso hacia la piel desnuda, sobre la que se abate con un chasquido. El muchacho tira de sus ataduras, y la anilla se levanta. Abre la boca, grita:

—Podéis… más fuerte…

Se me ha pasado el nerviosismo y agarro fuerte el cinturón. Nada me retiene ya, nada ni nadie, ¡y mucho menos el negro y su mirada enloquecida! Me siento embriagada… Sus ojos van de las manos que le azotan a la abarrotada sala de teatro que contempla la exhibición. Algunos espectadores

se han levantado y tienden un brazo hacia nosotros. La sala flotante deriva, paralelamente a la orilla, y las luces disminuyen. Pero casi en seguida aumentan otra vez: otro barco pasa ante nosotros.

Y otra vez las luces de la rampa, cientos de siluetas a contraluz, connivencias desconocidas, una sala que se aleja en la corriente del río, remolinos de agua… Un breve entreacto… luego, por última vez, luces deslumbrantes, un patio de butacas repleto de gente que se desliza a cámara lenta, una espumeante estela… y el reflujo.

El claroscuro ha terminado… Ya está… Me detengo.

De nuevo se oye el chapoteo, el murmullo de las hojas de los álamos y, allá arriba, el rumor de la ciudad. El aire es tibio.

El negro deja escapar un profundo suspiro, como si acabara de encontrar nuevamente suelo firme bajo sus pies. Antes de devolverle el cinturón, trazo en su pecho, con el hebijón de la hebilla, una línea que se vuelve blanca en el acto: se diría una rúbrica. Mientras lo desato, pasa por fin el grupo de jóvenes, cuatro escandinavos en pantalón corto y camiseta; sólo las dos chicas se vuelven a mirarnos.

Liliane, con la que nos reunimos en el banco (donde el negro la ve por primera vez), dice que se quedaron inmóviles, instintivamente, en el momento en que yo levanté el brazo. Dice que dos hombres siguieron toda la escena inclinados sobre el parapeto, sobre nosotros. Dice también, mientras subimos la escalera, que se ha quedado «impresionada», pero que se siente más a gusto, decididamente, en la intimidad de la pareja. Me lo temía: aquí está la prueba.

Pierre parece feliz (la sorpresa, la provocación pública, el miedo, todo eso tenía que gustarle). Guarda silencio (posee un innato sentido de las conveniencias) hasta el momento en que nos encontramos frente a frente, en su coche. Allí le escucho hablar. No me equivocaba: está, no sé cómo decirlo, «embalado» (sobre todo por esta idea: la inesperada explotación de los cruceros fluviales). En cuanto a mí, la coincidencia exacta entre lo que yo había planeado y lo que acaba de suceder me provoca un eufórico sentimiento de

plenitud.

*

Al día siguiente volvía al mismo lugar, pero esta vez como pasajera en el *bateaumouche* más importante (el buque insignia en cierto modo). Embarqué en el puente del Alma, con la muchedumbre de los extranjeros. La noche era estrellada. Para que me acompañara elegí a Didier, un joven intelectual estudioso y un poco tímido. «Sólo con usted», le gusta precisar… Didier, pues, al que intimido un poco.

Al principio, como todo el mundo, miramos desfilar los monumentos iluminados, acodados en la borda, con el rostro acariciado por la brisa y el frescor que sube del río. Como una simple turista, fingí escuchar el comentario bilingüe difundido por el altavoz. Luego acabé por no oírlo. Nos acercábamos al «lugar». Estaríamos allí una vez pasado el puente que se destacaba a la luz de los faros, ya muy cerca, bajo el cielo nocturno.

Al salir del puente, el muelle aparece desierto, con la anilla aplicada al muro para siempre jamás. Le pregunto a Didier:

—¿Ve esa anilla, allá abajo? Me gustaría atar a un hombre a ella algún día… Cuando pasara un barco como éste empezaría a azotarlo salvajemente… sí, salvajemente… No se trataría de un simulacro… Estaríamos iluminados por los proyectores…

Después de una pausa, él me contesta:

—No creo que yo pudiera soportar ese público… Toda esa gente que me estaría viendo…

No contesto nada. Después, a media voz:

—Toda esa gente ya ha visto…

Sólo entonces le describo la velada de la víspera… Y era como si la multitud, detrás de mí, descubriese incrédula en la orilla al efebo de la piel negra, entregado, expuesto, aureolado de luz, fuera de su alcance.

La marca

Será pequeña, perfectamente redonda, una quemadura de cigarrillo en el pecho, a la altura del corazón. Para evitar cualquier confusión con una cicatriz accidental, lo que sería contrario a la noción de marca, estará firmada con mis tres iniciales. Serán indelebles, en la misma carne, marcas de mi deseo.

Marcas de mi deseo… deseo de mi marca…

Yo quería que se manifestara ese deseo y le pedí a Sebastián que me lo dijera por escrito para darle una cierta solemnidad, algo de irrevocable.

Algunos días antes de la fecha de la ceremonia, llevé a Sebastián a una casa de tatuajes, cerca de la plaza Pigalle, que tiene delante dos barreras paralelas, una especie de pasillo destinado a encarrilar la fila de clientes hacia un molinete que los deja pasar, uno a uno, en dirección a la sala de espera. Pero ese día no hay ni una fila ni espera: la sala está vacía. Es una tarde de enero, gris y fría, en que uno resbala, al subir la estrecha callejuela hasta el umbral de la puerta, sobre las láminas de hielo. En un rincón, subido a un estrado, el tatuador está terminando una complicada composición en el antebrazo extendido de un joven. Apenas nos da tiempo a lanzar una ojeada a los chillones modelos de tatuajes expuestos en las paredes y ya es nuestro turno. El tatuador se dirige a Sebastián y le pregunta:

—¿Para usted qué va a ser?

—Tres letras en el pecho —le contesto yo, entregándole una hojita de papel sobre la cual las he dibujado, con sus dimensiones y carácter, sencillas, sin florituras. Sebastián se desabrocha la camisa y descubre su pecho.

—Ahí —preciso yo, señalando el lugar del corazón.

El tatuador se irrita y me dice:

—¡Déjele hablar, ya es lo bastante mayorcito como para saber lo que quiere!

Sebastián sonríe y ambos hacemos como si no hubiéramos oído nada. Entonces, el especialista forma sobre la piel las tres letras con ayuda de un lápiz grueso. Se ve obligado a repasar la B, cuya grafía es torpe, poco legible. Pero cuando acaba su trabajo y deja el instrumento, borrando con un algodón las últimas huellas de lápiz que ensanchan el trazo, las letras aparecen limpias, rectas, pequeñas, delicadas, tensas, tal y como yo las quería. La operación no ha durado más que algunos minutos. El hombre se vuelve hacia mí y dice:

—Es usted la que paga, sin duda…

—Sin duda —contesto, y le doy la módica suma que me pide. Eso es todo.

Fuera empiezan a caer dispersos copos de nieve. En el café en que nos hemos sentado para tomar una bebida caliente, Sebastián me pregunta:

—¿Está contenta?

Estirando la abertura de la camisa mal abotonada, veo los pequeños caracteres negros sobre la piel blanca. Sí, estoy contenta. Sebastián me mira sonriendo, apoyado de lado en el cristal contra el que se estrellan, cada vez más apretados, los copos empujados por el viento. Fuera, los transeúntes se levantan el cuello del abrigo. Fuera, empieza a hacer frío.

Aunque necesaria, la inscripción no es nada por sí misma. Pensándolo bien, podría ser la abreviatura de una divisa, la sigla de una secta misteriosa, la supervivencia de una apuesta, una cabezonada de un sábado por la noche, cansino y soñoliento, entre compañeros desocupados que se detienen bruscamente ante la pintarrajeada casa de tatuajes, ocupando un lugar en la fila de espera, empujados, poco a poco, hacia el ruidoso molinete… o cualquier otra cosa.

La cicatriz dará un sentido más sólido a estas letras que huyen del sentido.

Signaturas recíprocas, marcas duales.

Y además, por mucho que esas iniciales sean las mías, no las hicieron para mí, y para que el cuerpo de Sebastián sepa

que me pertenecen, tengo que dejar en él mi propia impronta. Deliciosa perspectiva…

Para que sea redonda como una medalla y tan decorativa como una alhaja, tiene que salirme bien a la primera, sin repasos ni impresiones corridas.

Sin embargo no tengo (por falta de costumbre, supongo) ninguna seguridad en la mano. El primer cigarrillo que apago nada más encenderlo, sola en mi casa, para ver qué tal, se dobla y patina en el cenicero, dejando un feo reguero ceniciento. Era demasiado largo. Recorto el siguiente con las tijeras. Todavía no es bastante. A cada nuevo intento, aumenta el tamaño de los pedazos recortados. Por fin llego a un resultado satisfactorio. Pero mis investigaciones no acaban ahí. También establezco la dimensión que deberá tener el cigarrillo para que, después de fumarlo sin prisas, tenga la longitud requerida en el momento de aplastarlo definitivamente. Tiene que consumirse despacio, pero no muy despacio ya que el tiempo también está contado: cuatro minutos y medio, la duración de las últimas frases de la muerte de Isolda, los últimos compases de la ópera de Wagner que gobernarán nuestros gestos y movimientos.

Estas minuciosas puestas a punto me apasionan bastante. Tendría que hablar también de la preparación de las máscaras… Pero lo dejaré para más tarde.

*

Ya no se trata de la habitación desnuda, de frío suelo y grandes espejos apagados, del martirio de Sebastián, sino de un señorial edificio fin de siglo de piedra, de fachada austera, y de uno de esos grandes apartamentos burgueses donde el sonido del timbre se pierde en el fondo de oscuros pasillos, donde, desde que uno atraviesa la puerta, el ruido de los pasos queda ahogado por las espesas moquetas que se prolongan bajo los tapices de Oriente, los tapices chinos del salón cerrado donde a duras penas penetran los ruidos de la calle, sofocados por pesadas cortinas de pliegues regulares. Los muebles y objetos de arte están allí desde siempre, en sus

sitios definitivos: sillones de cuero, gabinete de ébano esculpido y tallado, mesa de Extremo Oriente, marfiles, recuerdos de viaje…

Estación tras estación, en un retorno previsible y periódico, vuelven al gran florero anillado, sobre el piano de cola, entre las partituras y el metrónomo, los ramos de brezos de otoño, las ramas de roble marcescente, las de los manzanos en flor.

Algunas veces ruedan por allí, olvidados en la mesa baja de palisandro, objetos usuales y prosaicos. Pero es raro.

En este inmutable decorado, donde no parece que nada vaya a cambiar nunca, es donde me gusta organizar el de mi teatro, con retoques respetuosos, sin cambiar nada.

La mayor parte de las veces se trata de desplazar una mesa, sillas, cojines, para arreglar el espacio de manera distinta, de cerrar ciertas puertas y entreabrir otras (apenas), de regular las luces, de preparar un fuego de leña…

Cuando, ese día, llego a su casa a eso de las seis, M., mi cómplice de siempre, acaba precisamente de colocar unos troncos en la chimenea del salón, llamado «salón rojo». Cuando la primera de las invitadas, Françoise, llama unos minutos más tarde, soy yo, por lo tanto, la que va a abrirle.

Ahora hemos adquirido la costumbre de hacer que nuestras ceremonias se vean precedidas por algo como un preludio, en el que un jovencito nos sirve de camarera y transforma en un momento de tibia dulzura lo que, sin él, sólo sería un rato de arreglos banales: lavarse, maquillarse, vestirse.

El encargado de los perfumados aderezos se llama esta noche Denis. Tiene veinte años, o poco más. Dice que es estudiante de arquitectura, y no tengo ninguna razón para no creerle.

Es preciso que el jovenzuelo sepa desabrochar las hebillas de los zapatos, las faldas y los sujetadores, probar el agua del baño, extender sobre la piel delicadamente las espumosas cremas, gustar de las caricias húmedas, usar las toallas, volver a poner en su sitio, sobre la repisa del lavabo, sin equivocarse, los frascos y los peines, esperar, de pie o hecho

un ovillo a los pies de la cama, que una u otra de mis amigas (o ambas), tengan ganas, en medio de sus abrazos, de utilizar su boca, sus manos, su verga. Debe saber esperar sin importunar, incluso si olvidan momentáneamente su existencia y pierden la cabeza entre las frescas sábanas y las almohadas con fundas de volantes.

Pero estos arrumacos, en realidad, apenas me interesan; además no me uno a ellos salvo por algunas caricias cuando me cruzo con el muchacho en el pasillo, atareado, yendo del dormitorio al baño y del baño al dormitorio. (De todas maneras, el chico es encantador). Y además estoy demasiado ansiosa por lo que viene a continuación, demasiado preocupada por la transformación en santuario de lo que todavía no es más que el «salón azul».

Por último, el joven debe saber dejar que le den las gracias sin recriminaciones (puesto que él no va a participar en la ceremonia) al acabar su trabajo, e irse cortesmente hacia las ocho menos diez, antes de la llegada del negro, prevista para las ocho.

Si todo se desarrolla como está previsto, Sebastián llamará a las ocho y media y Marie a las nueve menos cuarto. Hay que evitar los encuentros en la escalera, ese lugar indeciso que ya no es el mundo exterior pero que todavía no es del ceremonial, donde no se pueden intercambiar sino palabras molestas (y de todas formas superfluas). Hay que evitar a cualquier precio los encuentros prematuros que desvelarían la identidad de las mujeres, mis cómplices, mis acolitas, cuyo misterio quiero preservar hasta que Sebastián haya recibido la marca de su pertenencia. Si no, ¿para qué sirven las máscaras?

El negro es puntual, ataviado, como siempre, de forma muy estudiada. Basándose en el color de su piel, se viste en tonos degradados de marrón que pueden ir hasta los beiges muy pálidos, de camafeo, sin alcanzar no obstante el blanco.

—¡Decididamente, es muy elegante! —observo.

—Gracias —contesta él.

Su estudiado aspecto es gratuito, sin más recompensa que nuestros elogios. No le servirá de nada y él lo sabe.

Sin intentar lo imposible —describir la belleza—, me gustaría decir por qué le quitamos la ropa casi inmediatamente: porque nos causa un extremo placer cómo se mueve desnudo, sobre todo cuando se desplazan las flexibles curvas de su espalda. Ya se arrastre o ande a cuatro patas, las fluidas ondulaciones de la pantera le recorren la espina dorsal. También sabe ser un reptil negro.

(Hace poco, en la *back-room* de un club s. m. en el barrio de los muelles de Nueva York, una sala trastera mugrienta, asfixiante, una especie de carbonera vacía apenas iluminada por algunas bombillas desnudas de color amarillo orín o rojo oscuro, un joven negro se arrojó todo lo largo que era a mis pies para lamerlos febrilmente, rodando en el polvo en torno a mis tobillos para lamer el charol de mi zapato derecho, introduciendo poco a poco su lengua caliente y húmeda entre la planta del pie y la suela, enroscándose en la suciedad en la que yo hundía su cabeza un poco más aún, apoyando el otro pie en su cuello… pero esto no tiene nada que ver…).

Las ocho. Es hora de ensayar, en el santuario, la escena capital. Le pido al negro que se arrodille ante mí, muy cerca, en el lugar donde dentro de un rato se arrodillará Sebastián. El negro va a interpretar el papel de inmolado, mientras que M. le sustituirá provisionalmente en el suyo, el de sirviente. Françoise, de pie a mi lado, mira. Ambiguo ensayo… Si sólo se tratara de la mecánica comprobación de una puesta en escena, Françoise habría servido perfectamente para el papel principal. El negro ensayaría entonces su propio papel; sería, a la vez, más sencillo y más lógico. Pero el elegido ha sido él, a propósito. Está visiblemente emocionado: la proximidad del peligro le excita. Ahora el peligro es la llama, el cigarrillo con el que voy a quemarle dentro de un instante. Sin embargo, en el momento crucial apago la punta incandescente y sólo aplasto en su pecho una inofensiva colilla que se deshace en pequeñas briznas de tabaco y ceniza, que disperso de un soplo.

¡No, no vamos a quemarle, no esta noche, no así, de

improviso!

No hay ningún intervalo entre el final del ensayo y la llegada de Sebastián. El timbre sucede al último compás de la ópera, como si hubiera estado previsto en la partitura. En el acto, sin ruido, mis amigas pasan al salón rojo acompañadas del sirviente.

Llevo a Sebastián a la habitación de M., al fondo del apartamento, casi al final de un estrecho pasillo curvo. Es pequeña, completamente ocupada (o casi) por un gran diván bajo cuya amplia colcha de piel blanca cae hasta el suelo, cubierto por una moqueta de lana oscura. Además de la mesilla, alrededor de la habitación hay, adosados a las paredes enteladas de reps verde pálido, un secreter con tapa, una cómoda de nogal nudoso y una silla liviana para dejar la ropa. Apartada, dando a un apacible y pequeño patio, esta habitación enguatada es muy tranquila. Sebastián podrá descansar. Tiene aspecto cansado. Mi favorito, ay, ha cogido frío otra vez. (Así pues, no sirve de nada ser un ario grande y musculoso).

Tiene necesidad de aislamiento, de este corto retiro que yo, de todos modos, ya había preparado entre su llegada y el comienzo de la liturgia. Pero antes de dejarlo solo, tengo que subrayarle los párpados con un trazo de *khôl*, y después, con unas tijeras de costura que he traído exprofeso, cortarle el pelo, que me parece demasiado largo, para repasar la línea del cuello de las mechas rubias que la ocultan justo donde se dobla hacia la espalda, redondeándose en una curva que parece hecha para la curva de los labios. Me gusta ceñir esta curva con collares de cuero claveteado, argollas de metal sin pulir, cadenillas, cintas estrechas o simples lazos. Esta noche rodeo, adorno el cuello de Sebastián con una cinta de terciopelo negra.

Me retiro después de haber atenuado la luz y depositado sobre el mármol de la cómoda, bien a la vista, una linterna eléctrica y un antifaz de satén. Vendrán a buscarlo en el momento oportuno.

A mis amigas (entre tanto ha llegado Marie, la última invitada) les han servido una copa de *champagne* en el salón

rojo según el ritual invariable y ya muy conocido: el negro vierte el dorado líquido en las copas y las ofrece una por una, con los ojos bajos y doblando una rodilla delante de cada invitada. Para mí ha preparado un vaso de *whisky* que me ofrece con la misma deferencia.

Cuatro mujeres, dos hombres… Cuatro mujeres cómplices, dos hombres a su disposición… Está bien… La llave puede girar en la cerradura y caer por fin el telón, durante cierto tiempo, sobre la puerta de entrada.

Cuando mandamos al negro a la cocina a buscar hielo o no recuerdo qué, describo rápidamente el desarrollo del ceremonial a Françoise y Marie, que no han participado, como M., en su elaboración. Les describo la alternancia de las escenas veladas, nocturnas, concretas, y de las otras, más libres, durante las cuales estaremos a plena luz, sin máscaras. Fue en ese momento, me acuerdo, cuando me puse el traje de ceremonia.

Estamos preparadas. Ya sólo queda explicarle al negro lo que espero de él:

—Vaya a la habitación de M. En la cómoda verá una linterna y un antifaz. Cójalos. Después tráiganos a Sebastián; guíelo por el pasillo y la habitación de T. hasta esta puerta [que señalo con el dedo], y deténgase detrás de ella. Golpee tres veces. No le contestaremos. Espere un minuto y entre.

Siguen instrucciones complementarias sobre el uso que debe dar a la linterna y al antifaz.

—Eso es todo por el momento. ¡Vaya!

*

Oscuridad. Silencio.

El salón rojo está sumido en la oscuridad total, el silencio absoluto. Esperamos. Después de los tres golpes en el panel de madera, el chirrido del tirador y el de la puerta que se abre, apenas audible, todo queda de nuevo en silencio. Sobre la alfombra, los pies desnudos no hacen el menor ruido. Avanzan acompañados por el halo luminoso que dibuja en el suelo la linterna sostenida con el brazo extendido y enfocada

hacia abajo. Los pies desnudos y el círculo luminoso llegan al centro de la habitación, donde se inmovilizan. Bruscamente, la linterna, dirigida hacia nosotras, proyecta un haz deslumbrante que se desplaza horizontalmente, sin apresurarse, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, y se detiene al fin sobre nosotras como retenido por lo que descubre: cuatro mujeres sentadas, una junto a otra, en un sofá negro, inmóviles, mudas, cuatro mujeres con largos vestidos negros, calzadas con zapatos de tacón alto también negros. Estas mujeres no tienen rostro sino cuatro máscaras idénticas, blancas, cuatro máscaras sin expresión, con las órbitas sin vista de las estatuas antiguas. Tienen los mismos labios blancos y apretados, los mismos ojos grandes y vacíos; los rasgos serenos, la frente abombada, las lisas mejillas de óvalo regular tienen el mismo tono mate y cerúleo. Cuatro maniquíes fúnebres con rostro de muerto han surgido de la noche.

Los dos del centro tienen las manos juntas sobre las apretadas rodillas. Los otros dos, en los extremos del sofá, se apoyan de costado en los brazos de éste, en una postura menos rígida. Nada se mueve. Incluso el rayo de luz se ha petrificado sobre la helada aparición. Dura mucho tiempo… Parece que tiene que durar… Una mano, sin embargo, como desentumecida a causa de la insistente luz, tiembla imperceptiblemente, y, sin que nada lo haya anunciado, un nuevo haz luminoso, tan potente como el primero, surge súbitamente frente a aquél. La aparición se desvanece entonces, ahogada en la intensa e insostenible claridad.

El haz inicial, en adelante inútil, se vuelve en seguida hacia el suelo y luego se extingue.

Tras sus máscaras, las falsas muertas tienen una aguda mirada, tribunal de fantasmas que ahora quiere examinar a su presa, desnuda y en pie ante ellas en mitad de la habitación, cercada por el cono de luz que la envuelve y le ciega. La linterna, pasando de mano en mano, apunta cuatro veces seguidas a las piernas, largas y musculosas, el sexo desnudo entre el vello claro, los anchos hombros, echados hacia atrás por la posición de los antebrazos cruzados a la

espalda al nivel de la cintura, la cinta de terciopelo negra… ese cuerpo de hombre maduro, grande, alto, más alto aún a causa de la iluminación en contrapicado, lo bastante viril como para borrar la insulsez propia de los ruidos. No parece de aquí, sino de algún lugar germano. Ya he hablado de sus rasgos de arcángel, sin blandura, sin sombras indistintivas, con la viva línea saliente de la nariz y los labios bien dibujados, tanto más maravilloso cuanto que podemos describirlo aquí, así, en su indefensa desnudez, mientras que en otros tiempos podríamos haber visto en él los rasgos de un seductor SS, insensible y dominante, al que habría sido fabulosamente tentador hacerle morder el polvo.

A Sebastián no le gusta esa imagen que superpongo a la suya. Pero está en mi cabeza, indestructible. A pesar suyo, a pesar mío, usted lleva un uniforme negro y, a caballo sobre una potente moto, soberbio e impasible, domestica la enorme y rugiente máquina. Arcángel negro, caballero de acero, es usted un bello objeto…

Sus ojos, aunque molestos por la luz, se mantienen abiertos de par en par mirando detrás de nosotras, más allá de la cabeza de las contempladoras.

Ningún ruido, ningún cuchicheo.

El negro, que permanece a su lado durante toda la escena, le pone entonces sobre la cara el antifaz de satén cuyas órbitas han sido obstruidas por dos pedazos de tela del color de sus iris: azul acero.

Entonces se apaga la segunda linterna. En el reencuentro con la oscuridad se oye el zumbido decreciente de una motocicleta que se aleja, después nada más. De nuevo el silencio.

*

Todas las lámparas han sido encendidas casi simultáneamente con una serie de pequeños clics: la más grande en un banquillo, cerca del sofá; el jarrón chino sobre el piano, la de la
mesa-nido

y algunas más… El salón rojo está bañado de luz. Sólo falta la del fuego de leña.

Celoso, rápido, el negro rasca una cerilla en el hogar, bajo las ramitas, que se inflaman en el acto con un crepitar ininterrumpido, deshaciéndose en minúsculas brasas en el momento en que los troncos prenden a su vez.

Las mujeres se quitan las máscaras, que el negro recoge y alinea en la repisa de la chimenea, a uno y otro lado de un busto de barro que representa a alguna diosa guerrera.

Françoise, con aire decidido, segura de sí misma, se aproxima a Sebastián, que sigue inmóvil en el centro de la habitación. Descifra las iniciales del pecho y gira en torno a él, rozándolo, como para medir ese cuerpo que toca por primera vez. Me murmura:

—Felicidades.

Y después, más fuerte, para que todo el mundo la oiga:

—¿Podemos hacerle preguntas? ¿Podemos hacerle daño?

—Sí, te lo ruego. Puedes disponer de él a tu gusto —le contesto.

Ya sea que, satisfecha por la información, no desea nada más por el momento, ya sea que le parece prematura cualquier nueva iniciativa, o bien que experimenta un brusco embarazo ante la intimidante disponibilidad de Sebastián, el caso es que no pasa de ahí, no hace ninguna pregunta y vuelve a sentarse en el sofá.

Él no se ha movido. Ciego o no, no se moverá a menos que una voz femenina se lo ordene. Ni siquiera se observan esos movimientos ínfimos, contrapesos instintivos que llevan, por ejemplo, a apoyarse primero en una pierna y después en la otra. Parece petrificado. Sin embargo, esta estatua tiene la piel tibia, y su corazón late. ¿Cuánto tiempo se podría quedar así antes de sentirse incómodo, antes de tambalearse de agotamiento? No lo sé.

M. no aprecia mucho esta pasividad extrema. No habría que presionarla demasiado para que confesara que la encuentra aburrida. Prefiere los arrebatos controlados a medias para no traspasar los límites de lo permitido, arrebatos que, según su humor, alienta, tolera o sanciona.

De esta pasividad extrema, lo que me seduce es lo «extremo». En ese extremo hay algo que me incita a forzarlo, un exceso que me desafía… y me oigo pronunciar las sílabas conminatorias:

—¡De rodillas!, —y él se arrodilla.

—¡A cuatro patas!, —y se pone a cuatro patas.

—¡Baje la cabeza! —La cabeza se inclina hacia el suelo. —¡No encorve la espalda! —Los hombros y las nalgas mantienen una línea horizontal.

El lecho de carne apenas cede cuando me tiendo sobre él, con la cabeza en el hueco que queda entre los omoplatos. Un poco apartado, el negro, sentado en traje de chaqueta sobre la alfombra con las palmas abiertas, acecha nuestras próximas órdenes. Por el momento, me observa atentamente. Al esbozar un movimiento para deslizar mis brazos bajo el vientre de Sebastián, la falda suelta de mi vestido resbala, dejándome casi completamente desnuda. Me levanto de un salto. El negro ha bajado los ojos. Está bien.

¿Qué sucede entonces? Pasadizo de bruma… olvido… Poco importa… No ha debido de transcurrir mucho tiempo entre el momento en que el sirviente baja los ojos y lo que veo ante mí: un látigo de cuero depositado de manera descuidada sobre los riñones de Sebastián, un látigo de múltiples colas extendidas en abanico, colas que prenden blandamente a lo largo de las caderas, entre las nalgas. Más lejos, Françoise lleva a Marie junto a la chimenea y la coloca de espaldas al fuego. Con una mano le acaricia los labios y con la otra empieza a desabotonar la blusa de encaje negro, liberando primero los hombros, luego los brazos. Al caer, la blusa se engancha en las muñecas. Desprendida por completo, cae sobre el mármol blanco del hogar.

Una vez desabrochada, la larga falda se desploma en forma de corona en torno a los tobillos y los zapatos de tacón. Marie lleva muy altas, casi en el nacimiento de las ingles gracias a unas ligas muy ceñidas, las medias que le he regalado y, según mis deseos, ropa interior de seda, también negra.

Françoise sólo se la deja puesta el tiempo de admirarla y

de comprobar con el índice lo sedosa que es la piel junto al borde de la tela.

Mi hermosa amiga está desnuda y, por única joya, lleva una perla de marcasita con reflejos de mica que cuelga sobre el hueco de la garganta, en la base del cuello; un cuello tan delgado, tan delicado, que una sola mano bastaría para rodearlo.

El pelo lacio y moreno está cortado en línea recta, formando un casco, a lo Louise Brooks.

Da la impresión de castidad, con la cara lavada y sin el menor maquillaje, los brazos recogidos sobre el pecho (menudo) en un gracioso y friolero gesto, grácil andrógina cuya silueta se recorta, danzante, sobre un fondo de llamas.

Françoise la coge de la mano y la hace avanzar algunos pasos hacia Sebastián, diciéndole con voz neutra:

—Acuéstate sobre él, boca abajo.

Ella obedece y se acuesta sobre la dócil montura, con la cabeza a la altura de su cuello.

El primer latigazo de Françoise, en la espalda, se parece a una caricia. El segundo, en las nalgas, es más seco. Marie se estremece y se aprieta contra Sebastián, cubriéndole los hombros.

Cada vez que el látigo la golpea, Marie se estremece con mayor violencia, aferra con más fuerza su montura… Se pega a su piel, toda su piel se adhiere al otro cuerpo… Él, soldado a ella, siente cómo la atraviesan los espasmos que se extinguen y se reproducen; vibra con los chasquidos de las colas que se enroscan en torno a los riñones y las caderas de la mujer que pesa sobre él. Lo sé.

Tengo ganas de sentir cómo se deslizan los cabellos de Marie sobre el dorso de mi mano; son finos, con olor a menta picada. Aparto los mechones que ocultan su perfil y le digo al oído:

—Muérdele.

Al principio son mordisqueos de gata; después empieza a morderle de verdad, como si no esperara otra cosa para incrustar sus incisivos a todo lo largo de la nuca. Se ensaña con la carne que le han puesto entre los dientes. Contagiada

por la excitación, hundo sensiblemente los míos en el único sitio al alcance de su boca que ha dejado intacto, la curva del hombro. Nuestras mejillas se rozan. Ella se vuelve hacia mí. Le brillan los ojos. Nos besamos apoyando el mentón en el cuello herido de Sebastián, que lanza suspiros quejumbrosos. Se interrumpe cuando llevo a sus labios, para halagarlos, una de mis palmas, que él humedece en seguida, muy bien adiestrado, con la punta de la lengua.

Françoise, muy erguida, nos mira.

Va a inclinarse sobre Marie para besar las marcas purpúreas del látigo en la espalda. Va a tenderle la mano, a decirle: «Ven», y a vestirla tal y como la había desnudado: ceremoniosamente, sobre un fondo de llamas.

*

M. sugiere una cosa: ¿por qué no jugar con el contraste entre Sebastián y el negro? La oposición de los colores es un tema que yo había apuntado en mi cuaderno de notas. Así pues, empiezan a rodar juntos en el acto, pies contra cabeza, sobre la alfombra. Pero ¡no!… La postura ensayada no es bonita. Más vale que se abracen como amantes. El negro se ciñe al blanco. Lanzados a golpe de fusta atraviesan la habitación, cuerpos enlazados, desde la chimenea hasta el sofá, donde tropiezan, en la posición soñada, con los pies de Françoise, que está sentada allí. Cada cual se apodera de uno de los tobillos, los abrazan, los lamen, y eso sin que nadie les haya pedido nada. El rigor querría que los detuviésemos secamente. Pero nos ablandamos, divertidas por la forma en que Françoise, echada hacia atrás en el respaldo del sofá, se deja adorar con el aire cansado de quien finge, cuando la cogen desprevenida, conceder magnánimo un favor que le han arrancado por sorpresa.

Para poner fin a sus abrazos, que ya han durado demasiado, le digo que, en mi opinión, debería librarse de ellos enviándolos de un puntapié a su punto de partida. Ella encuentra oportuno el consejo y lo pone en práctica inmediatamente.

Ya es hora, y mis amigas están de acuerdo conmigo, de que nos sirvan unos refrescos. ¿Y no tenemos también un poco de hambre?

A nuestro requerimiento, el negro trae de la cocina pastelillos calientes y salados, que dispone sobre platos de porcelana, golosinas en platos redondos de confitero, adornadas con mantelillos de papel de bordes festoneados. Mientras el hielo se funde en nuestros vasos y mordisqueamos las fruslerías, nos entretenemos con palabras fútiles, interrumpidas por calculadas confidencias, comentarios sobre el negro o sobre Sebastián. ¿Por qué preocuparnos de la presencia de hombres tan poco importantes? Podemos hablar tranquilamente delante de ellos, ¿no? No oyen nada… Esperan… Desde luego.

*

Sebastián descansa en el suelo, como una estatua yacente. Estamos agrupadas de pie, hombro con hombro, en torno a su cabeza, atenazando el cráneo entre los ocho zapatos.

Pongo uno de mis zapatos sobre su cara. El tacón, apuntando entre los labios, choca con los dientes, que se separan, y penetra en la boca. Sosteniéndose mutuamente para mantener el equilibrio, Marie, Françoise y luego M. hunden cada cual uno de sus tacones en el orificio, que distienden hurgando con las puntas.

De repente me tiro al suelo, boca abajo, muy cerca de los maxilares separados, para verlo de cerca, a ras del conducto donde se huele a lodo, a emanaciones fangosas; a ras del desagüe, del agujero húmedo en el que sumerjo los dedos. Palpo la lengua, entre los rígidos y babosos fustes de cuero. Extraigo los tres tacones uno por uno, dulcemente.

—Tiene sed —le murmuro.

—Sí —me contesta él, en un soplo. Y luego—: Por favor.

Dejo caer sobre sus labios un hilo de saliva. La dejo gotear desde más arriba sobre la lengua, donde se acumula en pequeños montones burbujeantes que él traga ávidamente.

He cogido la verga con la mano. Está hinchada. Siento los

latidos en la palma y, bajo el pulgar, la piel del glande, delgada película satinada, tirante hasta el límite. La baño con el líquido que brota de ella. Bastaría con aumentar la presión para que me suplicara que le hiciera daño. Tiraría del sexo como para arrancarlo, separarlo del bajo vientre que se levantaría hacia mí. Conteniendo la respiración, apasionadamente atenta a sus rasgos trastornados, continuaría hasta que él desfalleciera. Bebería el placer que le arrancaría, el esperma desbordado que resbalaría, en sacudidas, por su vientre y entre mis dedos. Después lo soltaría, palpitante…

Por el momento, de lo que tengo ganas es de escupirle… en el pómulo… ruidosamente… Una crispación de sorpresa pasa, fugaz, por su cara. Vuelve la cabeza. Su mejilla roza mi muñeca.

—Gracias —dice en voz baja.

*

El negro ha colocado un espejo con marco de madera dorada, rectangular (dos veces más largo que ancho), en el suelo, delante de la chimenea, donde el fuego agoniza. No son sus últimos centelleos los que van a poner en peligro las tinieblas de las que otra vez tengo necesidad, pues ha llegado el momento de volver a ponernos las máscaras y apagar las lámparas.

Las oficiantes se mantienen erguidas, de pie en torno al marco dorado, ocupando cada uno de sus cuatro lados.

Como en la primera escena nocturna, es el negro quien sitúa a Sebastián (éste último, una vez arrodillado, debe tocar el marco sin apoyarse en él). Hecho esto, le quita el antifaz.

Entonces, una de las mujeres avanza y se coloca a horcajadas sobre el espejo. Cogiendo con ambas manos el borde de su falda, enrolla la tela en pliegues paralelos por encima del pubis, descubriendo las piernas con medias negras, las ligas, la línea de la ingle, el vello oscuro y espeso. Acompañada por el haz luminoso que dirijo entre sus piernas, dobla muy despacio las rodillas. A medida que se acuclilla,

que el sexo se aproxima al espejo, el reflejo se agranda. Los relucientes labios se abren progresivamente, desmesuradamente, en torno a algo redondo y blanco que expulsa con lentitud. Un huevo, brillante a causa de las transparentes secreciones, cae dando vueltas sobre la resbaladiza superficie.

Los espectros se inclinan sobre el espejo por encima de sus dobles, aparecidos en el fondo del pozo de sombra donde flota, inmaterial, el huevo.

Advertido por una leve presión en la nuca, Sebastián se encorva. De una dentellada secciona la cáscara elástica, y se la come bajo las miradas convergentes de los fantasmas y de sus imágenes.

Ahora le toca a la segunda mujer interpretar el papel de oficiante. El negro, prosternado, le ofrece un vaso. Reconozco la gran copa de cristal tallado en facetas. Ella lo coge con la mano derecha y, abriendo las piernas, lo hace desaparecer bajo el vestido, que ha agarrado con la mano izquierda para mantenerlo levantado.

Sigo oyendo el crujido del tafetán y, al cabo de un rato, los breves chorros que golpean el recipiente; luego el pequeño choque del cristal sobre el espejo cuando ella lo deja allí, lleno en sus tres cuartas partes.

Enfocado por el haz luminoso, Sebastián coge la copa con ambas manos y se la lleva a los labios. Empieza a beber la orina. A cada trago que se oye en el silencio, el líquido tibio se desliza por mi propia garganta. Bebe sin prisas, hasta las heces. Tengo en la boca un sabor insípido, amargo, que persiste mucho más allá del momento en que él deja la copa sobre el espejo donde ésta, vacía, centellea. El negro la sustituye por un cuenco lleno de líquido caliente. La tercera oficiante moja en él dos dedos. Los saca llenos de una especie de puré y se los tiende a Sebastián para que los limpie con la lengua. La segunda vez mete toda la mano en el cuenco. Como Sebastián, en esta ocasión, no lame lo bastante deprisa, el puré resbala por su mentón, y ella, cuidadosamente, embadurna sus mejillas en todos sentidos con los grumosos regueros.

La última oficiante, después de haber deslizado en una media de rejilla una gruesa anilla de bronce, se dispone a… cuando se da cuenta de que él está sentado sobre los talones, con el sexo aprisionado (¿disimulado?) entre los muslos. Sin decir nada le obliga a rectificar la posición (reservando para más tarde el «por qué»), anuda la media a la raíz de la verga y después, a la nuca, una venda de algodón basto que ajusta sobre los ojos.

Las mujeres pueden quitarse las máscaras y el sirviente encender una por una las lámparas.

La anilla es pesada, maciza, de más de cuatro centímetros de espesor. Es un brazalete de esclavo, que una parte móvil recortada en el metal permite abrir y cerrar sobre una clavija que traba el mecanismo. ¿Se ha utilizado alguna vez? Lo dudo, a pesar de su aspecto gastado, su superficie sin pulir y, en suma, su aire utilitario. De todas maneras, en vista de su estrechez, debe de haber sido hecho para un tobillo de gacela, de una chica muy joven o de un niño. ¿Puro símbolo? Falso o no, al sopesarlo no resulta menos sorprendente.

¿Para qué me lo habría regalado Sebastián, hace ya algún tiempo, si no fuera, secretamente, para esto: disfrutar del estrangulamiento progresivo de su sexo, que el peso arrastra hacia la alfombra, mientras yo lo llevo, a lo largo del pasillo quebrado, hacia el fondo del apartamento, a cuatro patas, atado al mango del látigo por medio de una cadena encajada entre sus dientes? Poco a poco acelero el paso. Él me sigue torpemente, obstaculizado por el objeto que tropieza a cada paso en sus rodillas. Le señalo los obstáculos que debe evitar, las maniobras que tiene que hacer: «Atención a la estatua… Tuerza a la izquierda en seguida… Continúe… Más deprisa… A la derecha…». El bronce vibra al rozar el embaldosado del cuarto de baño.

—Alto. Es aquí.

Quitándole la sucia venda, le digo:

—Tiene la cara asquerosa… Venga aquí, querido mío, para que se la lave.

Y le lavo la frente, las mejillas y el mentón con bolas de algodón empapadas en agua fresca, con pequeños toques,

despegando con la uña las escamas secas.

—¿Quién le ha hecho esto?

Él me mira un instante y contesta:

—Mujeres enmascaradas… que usted debe de conocer.

—Conozco a mujeres lo bastante locas como para…

—Lo creo… sí.

Secando las gotas con un pañuelo, le pregunto:

—¿Con qué le han ensuciado?

—Una especie de puré… También me han obligado a beber su orina…

—¿Cómo es?

—Caliente, salada, un poco amarga…

—E imagino que la habrá encontrado buena…

—Sí… Bien lo sabe usted…

—Oh, no… Se equivoca… ¿Y esas iniciales que tiene ahí?

—Son las de una dueña que yo…

—¿Está aquí esta noche?

—Sí… y se parece a usted.

Vuelvo a colocarle sobre los ojos el antifaz de satén.

—Bueno, ya está limpio… ¡Voy a llevarlo de vuelta con esas mujeres, con sus infectas extravagancias, ya que le gustan!

A la vuelta lo llevo de la mano por el estrecho pasillo. No hay nada notable en este recorrido, salvo el contrariado balanceo de la anilla, que al andar rebota de un muslo a otro, y las voces y risas que, se diría, vienen del salón rojo en donde me esperan mis cómplices. ¿Qué han hecho durante mi ausencia? M. me lo contará dentro de un rato, o mañana, o un día de éstos.

Para ir del salón rojo al salón azul, como ahora tienen que hacer, las mujeres atravesarán el vestíbulo. El negro abrirá la puerta del salón rojo, desaparecerá para dejarlas pasar, y abrirá la del salón azul, justo en frente, siguiendo la misma etiqueta. Y allí, en el vestíbulo, a medio camino entre las dos puertas, dejo a Sebastián.

Las mujeres desfilan en cortejo ante el imponente centinela. La anilla cuelga del extremo de la estirada media. El balanceo se ha detenido. Ellas lo empujan al pasar; el

movimiento pendular se amortigua rápidamente, frenado por el roce del tejido contra la piel.

*

Entramos en el santuario, el lugar de la celebración. El altar resplandece. Las llamas se elevan, escalonadas, de las velas litúrgicas colocadas sobre la repisa de mármol, de los plateados candelabros de varios brazos colocados más alto, sobre unas consolas. Las llamas suben verticales y apretadas ante un espejo apoyado contra la pared, al fondo; un espejo biselado en el que se refleja, deslumbrante, el fuego. Sumido en las sombras, más allá del círculo de luz, el resto del decorado se disuelve en la imprecisión de los inabarcables contornos, con apagadas reverberaciones en algunos sitios sobre los barnizados perfiles.

Las aromáticas varillas de incienso se consumen en indecisas volutas. Las máscaras esperan sobre el sillón de la sacerdotisa, junto al altar.

Todo es perfecto. El sirviente no ha olvidado nada. Puede hacer pasar a Sebastián.

*

Harén. Debido a este nombre, inscrito a pluma en la etiqueta pegada con goma, compré en una ocasión, en un puesto del zoco de Túnez perteneciente a un viejo calzado con unas desteñidas babuchas, este frasquito de perfume, tapado con un pedazo de guata estrujada. El perfume sólo podía ser embriagador, vagamente anticuado. Lo era hasta la saciedad… de una forma ideal.

Françoise aplica unos toques en la nuca de Marie, en la de M., y luego en la suya.

Yo prosigo con la unción ceremonial, perfumando al elegido: el lóbulo de las orejas, el pliegue del codo, las muñecas, el vello del pubis… Las hondonadas, los pliegues, los orificios, los pelos deben embalsamarse con el obsesivo

olor, como si lo exhudasen.

—¡Levante los brazos! —le digo.

El cruza los brazos por encima de la cabeza. Reminiscencias de baño turco, cargadas de efluvios y de humedades íntimas, surgen a la vista de las axilas en ofrenda.

Con un lápiz de fieltro rojo, dibujo una estrellita justo encima de las iniciales. Termino adornando el seno izquierdo con un pendiente de coral, que enrosco en la punta del pezón.

*

Las mujeres, enmascaradas por tercera vez, conducen hasta el altar al elegido, que se arrodilla sobre un taburete bajo y forrado de terciopelo delante de mí, sentada ya en el sillón de la sacerdotisa. Dos de ellas se sitúan tras él, de pie, con las manos en sus hombros; la última, a mi derecha, con una rodilla en tierra, sostiene una copela a la altura del brazo del sillón.

En cuanto resuena la voz grave de Isolda (a mi alcance hay un magnetofón disimulado), libro a Sebastián una vez más del antifaz que le ciega, y el negro se aproxima presentándome en una bandeja mi boquilla de plata, larga y delicada, con la contera de galatita negra, el cigarrillo truncado y un encendedor de concha. Yo misma enciendo el cigarrillo dejando el encendedor en la bandeja, que el negro se lleva en seguida.

He imaginado lo que viene ahora con la suficiente precisión como para que ya nada pueda sorprenderme. Ya he visto este grupo, exactamente así: hierático, bañado por una claridad de capilla, sin contrastes, que da a las máscaras un tono de marfil viejo. Ya he visto el enrojecimiento del cigarrillo, que se consume un poco más a cada calada; la mirada de Sebastián, clavada en mí. Gotas de sudor corren a lo largo de su brazo y mi corazón late muy deprisa. Cogida en la trampa de sus ojos cautivos, miro cómo me mira a través de las diáfanas exalaciones de humo. Se diría que no oye, que ya no oye el canto, el lamento de amante extraviada que se

eleva poco a poco en sucesivas olas, olas que suben una tras otra, cada vez más alto, inexorablemente, hacia el paroxismo siempre inminente, siempre pospuesto, culminando en una cresta suspendida hasta el vértigo… En el apogeo de la angustia aplasto de golpe el cigarrillo en el centro de la estrella, en el momento en que la última ola, desgarrándose al fin, rompe en el deslumbramiento de una voluptuosidad que se lleva a Isolda, sumergida, hacia el resplandor blanco de la muerte.

Con un estertor, el inmolado se dobla como bajo el efecto de una brusca ráfaga de viento. Yo acompaño su movimiento y la punta ardiente sigue clavada en el pecho. No tiemblo. Desde la mano sube una onda de placer que me atraviesa, brutal. Con todo mi aliento absorbido por su gemido ronco, sin respiración, conozco el frenesí seco y controlado de la cazadora que ha dado alcance a su presa… Ahora eres mío, y lo seguirás siendo durante algunos segundos…

Sebastián se endereza lentamente. Sus ojos tienen el azul del mar en calma. Durante los últimos compases del drama, los de la serenidad recobrada, M. me tiende la copela dorada donde dejo el instrumento, con la punta aplastada del apagado cigarrillo sobresaliendo algunos milímetros.

El acorde final se prolonga en el silencio.

Todo se ha cumplido.

La más alta de las mujeres se quita entonces la máscara, para que Sebastián vea su rostro por primera vez reflejado en el espejo del altar. ¿La ve realmente? Parece encogido, vuelto hacia su propio interior. Andando hacia atrás, de tal modo que su imagen desaparece gradualmente, tragada por la penumbra. Françoise se retira con la máscara en la mano, en dirección a la puerta que el negro abre sin hacer ruido. Marie y M. se retiran de la misma manera.

*

Estamos solos. Sebastián hunde la cabeza entre mis muslos, rodeándome las rodillas con los brazos. Aprieta hasta hacerme daño, en un arrebato súbito al cual me abandono.

Incluso hay palabras de amor y quizás algunas lágrimas… sólo durante un momento…

Cortando en seco los sentimentalismos, empiezo a desatar la media que le agarrota el sexo; la anilla de bronce cae sobre la alfombra y le digo:

—Ahora quiero que se la menee… quiero su leche en este vaso.

Él se empieza a acariciar en el acto. Cuando toco con el índice la carne tumefacta y dolorida sus ojos se cierran, su cara se endurece y el esperma rocía el vaso, salpicando las paredes de cristal. Con un dedo recojo el lechoso montón y lo extiendo sobre sus labios como una capa de barniz espesa y de transparencias nacaradas. Nos damos un largo y untuoso beso; me hundo en su boca con sabor a leche hasta que se vuelve pegajosa.

(Esta noche, el parque se halla bañado en un olor a esperma, insinuante y dulzón, como todos los años en las cálidas noches de junio, cuando los castaños están en flor, al final de la extensión de césped, grande y oval. Cuando caiga la noche, dentro de un rato, iré a pasear por ese lugar).

Labios pegajosos, un olor… El hilo se ha roto una vez más. Entre el beso y lo que le sigue no hay nada en mi memoria; luego veo a Sebastián de pie, ya vestido o casi, a la luz cada vez más débil de las velas. Ha llegado la hora de que se vaya: de eso estoy segura… Para proteger la piel quemada del contacto con la ropa, le ofrezco un trozo de gasa. Él me lo agradece y lo rechaza: prefiere llevar la quemadura al aire.

Todavía tengo que dejar, en un lecho de satén carmesí, dentro de una cajita oriental adornada con esmaltes tabicados, el ennegrecido fragmento de cigarrillo y el pendiente. Le entrego este relicario y él se va, solo, igual que vino; bajo el áspero tejido de su camisa, en forma de sello escarlata y en carne viva, está la marca de su sumisión.

Cuando el negro termina su servicio y M. lo despide, nos quedamos entre mujeres, en el salón rojo…

El sacrificio

Me gusta adentrarme sola, a la caída de la noche, en las catedrales desiertas. Mis pasos resuenan sobre las losas; avanzo lentamente, de tramo en tramo, hacia la claridad difusa y rojiza de la mariposa de aceite. Pero no es ella la que me atrae, sino esa claridad más viva que distingo detrás del altar mayor. Lo rodeo y descubro, en el presbiterio del ábside, una pequeña capilla en la que, sobre un altar más modesto, acaba de terminar la celebración del oficio. Los fieles ya se han marchado. No queda nadie. Pero los cirios continúan ardiendo a cada lado del cerrado tabernáculo, iluminando grandes ramos de flores blancas. Son flores de lis. En un ángulo, a la derecha del altar, un relicario encristalado guarda una estatua de tamaño natural de un «Jesús sufriente» sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas y los pies descansando sobre un grueso cojín rojo. Una capa de terciopelo bermejo, bordada de oro y abrochada en el cuello mediante un cordón de seda, se entreabre sobre el pecho desnudo. Al acercarme distingo con claridad, a despecho de la sombra que proyecto a mi pesar sobre la estatua, la sangre que mana de las frías heridas dejadas por las varas. De la corona de espinas brotan algunas gotas sangrientas que resbalan por las sienes y la frente marfileña. Me mira con ojos serenos, apacibles.

Delante del relicario, un gran ofertorio erizado de puntas soporta numerosas hileras de cirios. Algunos se están consumiendo: su llama agonizante desaparece en ligeras volutas de humo azulado. Otros, derechos y nítidos, acaban de ser encendidos en un postrer gesto de piedad antes de la última señal de la cruz, la última genuflexión.

Flota un denso olor a incienso, flores de lis y cera caliente. Para oler más de cerca flores tan perfumadas, subo los dos

escalones del altar. Oigo entonces el ruido sordo de la puertecilla lateral, la misma por la que he entrado hace un momento, la única que sigue abierta a esta hora tardía. Escucho. Pasos regulares, repetidos por las altas y oscuras bóvedas, suben por el pasillo central en esta dirección. Me vuelvo y apoyo los codos en el mantel adamascado del altar. Espero.

Cuando al fin sale de las sombras, me impresiona su andar flexible, determinado y juvenil. Con paso regular se dirige hacia mí y sube sin titubear el escalón que separa la capilla del deambulatorio. La tela de su camisa es tan fina que adivino la punta de sus pechos transparentándose. El cuello se abre dejando ver una cadenilla dorada que subraya con un trazo delgado la base del cuello.

Sólo cuando llega frente a mí, al alcance de la mano, se cruzan al fin nuestras miradas durante unos instantes. Él baja los ojos casi inmediatamente y, sin una palabra, se arrodilla, se prosterna lentamente hasta tocar con los labios los cordones de mis zapatos. Enlaza con ambas manos mis tobillos. Ahora estamos inmóviles, el uno y el otro. Contemplo a mis pies la nuca curvada y el nacimiento del hombro a través del escote abierto de la camisa. Ya no hay otra cosa salvo la dulzura de sus manos que tiemblan ligeramente y, a través de mis medias, la caricia de su rápida respiración.

Mi adorador ya no se mueve. Está dispuesto para el sacrificio.

Todo ha ocurrido como estaba previsto. Me gusta esta exactitud.

*

Entregándome la hoja manuscrita que acaba de leer, Marie me dice:

—¡Esto es un gran ceremonial!

—Ya sabes que estoy reconstruyendo por escrito algunas de nuestras veladas. Quiero que este texto figure como introducción a la relación de la ceremonia que precedió a

aquella en que marcamos a Sebastián; ¿te acuerdas? No pudiste participar en ella porque…

—Pero ¿no es una ficción ese texto?

—En la época en que lo escribí sí, era una ficción, una ensoñación. Pero después, aquella escena se hizo realidad tal y como la había imaginado, en la catedral de Rouen a principios de verano, al ponerse el sol… ¡Es extraño el ruido que podían hacer mis tacones en aquella nave inmensa y sonora! Pero aquello no terminó en sacrificio. Este tuvo lugar más tarde, la noche en que, afortunadamente, tú no pudiste venir y que M. y yo ya sólo llamamos «la velada del sacrificio».

—¿Por qué «afortunadamente»? ¿Qué pasó?

—¿Quieres beber un zumo de mango o de guayaba? ¿O mejor algo ácido con unas rodajas de limón verde?

—No, gracias… mejor cuéntame.

—Lo uno no excluye lo otro… al contrario, en cierto sentido… Tú conoces a los protagonistas de esa velada, salvo a Camille y a Gaétane. A Gaétane la conocí poco antes en casa de unos amigos comunes (cuyo nombre no te diría nada). Debe de tener veintiséis o veintisiete años. Es alta. Tiene una cara pálida, ojos de un gris azulado, pelo muy corto, aires de chico en un cuerpo de mujer. Creo que la encontrarías bella…

Gaétane… Su nombre, sus ojos me hacen pensar en el gris del mar en invierno. Me habló usted de Ostende casi en seguida. ¿Se acuerda? Pero ¿a propósito de qué?

La reunión era de buen tono, con las dosis precisas de hachís, alcohol y rock. Aunque yo no sabía nada de ella, estaba claro que ella sabía muchas cosas sobre mí. Buscamos una habitación tranquila para hablar lejos de la algarabía. Por sí solo, su deseo de asistir a una «ceremonia» no me habría convencido para que la admitiera (¡nunca faltan curiosos!), si no hubiera estado segura de antemano de la sinceridad de su entusiasmo, que se traducía en exclamaciones admirativas del tipo: «¡Maravilloso!», «¡Formidable!». Como no me engaño sobre el placer que me proporciona jugar a mujer de experiencia que suscita el

asombro de la novicia, la juzgué convincente. Con toda seguridad, su voz cálida y grave seduciría a todo el mundo.

*

Como Gaétane había dicho que estaría completamente libre aquel día, le pedí que llegara a casa de M. hacia el final de la tarde, lo bastante temprano como para que pudiéramos prepararnos, tomándonos el tiempo necesario, a lo que tendría lugar al caer la noche. La antevíspera, una inesperada llamada telefónica de un joven fiel en busca de una cita me había sugerido la siguiente idea: ¿por qué no aderezar los preliminares acudiendo, para que nos ayudara, a uno cualquiera de aquellos jóvenes, por ejemplo a ese Camille W. que esperaba al otro lado del hilo, ansioso y tímido, que le diera una cita? Camille (pues así se llama realmente)… ¿no evoca imágenes de camarera proustiana, con un pequeño delantal almidonado y cuello redondo con volantes? Nombre predestinado en verdad; y, desde luego, tendrá que servirnos como camarera, es decir, desnudarnos, bañarnos, arreglarnos para la velada; está decidido. Cuando digo «nos» es una forma de hablar: nunca sé de antemano si me mezclaré personalmente en la acción o si preferiré, como ocurre a menudo, permanecer un poco «ajena» para mirar y, eventualmente, dirigir.

En cuanto llega al gran salón, tan grande como ampuloso, le rogamos que se desnude («¿Por completo?». «Sí, por completo») y que se exhiba girando lentamente sobre sí mismo, con los brazos alzados. Las pubescentes bellezas de su cuerpo dan ganas de jugar a las muñecas… Pero no se trata de eso. Lo llevamos a la habitación de M., sin duda la más cómoda del apartamento. ¿Qué es esto de hallarse así, desnudo, delante de tres mujeres que siguen llevando, muy correctas, toda su ropa? Sus músculos se tensan violentamente. Esa llamativa virilidad, que no sabe muy bien si ocultar o no, le hace sentirse visiblemente embarazado y le da ese aire bobalicón que vuelve burlonas a las mujeres. Es sobre esta improvisada percha que tiene que transportar a la

habitación vecina, uno tras otro, y dejarlos allí doblados, los vestidos que les quita a M. y a Gaétane, como una camarera un poco principiante pero llena de buenas intenciones. Una vez preparado el baño, les da graciosamente la mano para que puedan entrar sin esfuerzo en la bañera y sumergirse en el agua, en la humedad de los copos de espuma que visten las curvas del cuerpo, esconden los pubis rubios, las caricias suaves y las resbaladizas penetraciones. Las mujeres, labios contra labios, con los ojos cerrados, se besan largamente. Camille, de rodillas para más comodidad, les lava los hombros, el cuello, la parte alta de la espalda, recreándose, sin cansarse, como si no se atreviera a aventurarse más abajo. Las manos de ellas han desaparecido en el agua turbia; bruscos estremecimientos agitan la superficie mientras las pompas jabonosas se deshacen en sostenidos burbujeos. Se huele a toronjil. Gaétane se levanta de pronto y, chorreando, le presenta la espalda a Camille y le pide que lama, allí, abajo, entre las nalgas; y después que limpie su vello, allí, delante, de los últimos jirones de espuma. Estos se acumulan entonces sobre la boca de Camille, formando un divertido bigote de nieve.

Nuestro querubín se toma en serio su papel. Tengo la impresión de asistir a juegos infantiles. De hecho, ¿qué diferencia hay? ¿La conciencia de las apuestas? Las suyas serían inconscientemente perversas, las nuestras lo serían deliberadamente, estando toda la diferencia en esta «deliberación»… ¿Qué pasaba por la cabeza de aquel chico de once años que hace poco mató, de cuarenta y ocho cuchilladas, a su amiguita de ocho años mientras ambos jugaban?

Cuando M. y Gaétane salen por fin de la bañera, Camille las envuelve en una gran toalla malva.

Como es demasiado pronto para pensar en ponernos los trajes de fiesta, ellas proponen, debilitadas por el calor del baño, descansar un momento en la cama, grande y fresca. Metemos primero a Camille al fondo, bajo las sábanas. Nuestros pies se arrellanan sobre su cuerpo acurrucado, y pronto empiezan a explorarlo. A tientas, los dedos penetran

en la boca y las narices, se deslizan sobre el terciopelo de las mejillas, siguen el perfil de la cadera, bajan por el vientre, juegan con el pene tenso y hurgan en la entrepierna, donde se sienten rodar, bajo la planta del pie, una bolas vellosas.

Sacamos al pequeño varoncito de las profundidades para ponerlo a prueba: ¿servirá como «hombre de cama»? Parece que no. Sus eyaculaciones precipitadas decepcionan a mis amigas, que se enfurruñan. Él se enfría al verlas así. ¿Qué hacer? ¿Despedirlo por incompetencia notoria?

—¿No cree que se lo merece?

Su cara descompuesta está tan lograda que desarma nuestro descontento. Deberíamos lanzarle una mirada terrible; en lugar de eso, Gaétane se muerde los labios y M. ahoga un cloqueo bajo las sábanas. Como no es cosa de «dejarlo pasar» será castigado, para respetar las normas. Le levantan las nalgas sobre las almohadas amontonadas y le propinan una corrección que, sin ser puramente formal, no por ello se inclina menos hacia la mimosa regañina.

El oficio de camarera le va mejor; bajo dirección, no lo hace mal del todo. No obstante, al verlo, se diría que es la primera vez que perfuma un sexo con un vaporizador de pera o que abrocha medias a un liguero. Se lo pregunto. Me contesta un «sí» discreto, sin levantar los ojos de la liga que está estirando para sujetar una media negra que cubre un muslo de carnes cremosas, esas carnes que, antaño tan preciadas, se protegían del bronceado bajo sombrillas de encaje.

Ya estamos listas (en fin, como si lo estuviéramos…). Camille acaba de subir la cremallera del vestido de M., un vestido largo 1930, de seda negra, cuyo vuelo, recogido en los riñones mediante un canesú que cae hasta los pies, produce un gracioso efecto de cola. El mío, más corto, se detiene por encima de los tobillos. Ceñido al talle mediante un cinturón anudado formando un corpiño, tiene amplias mangas de las llamadas «murciélago», muy agradables de llevar. El escote, redondeado en la parte delantera, se prolonga en V por la espalda hasta la cintura, y allí muere. Sienta muy bien (o *sentaba* muy bien, puesto que desde

aquella noche ha desaparecido misteriosamente).

Mientras M. y Gaétane se maquillan, Camille arregla la habitación, sobre todo la cama, un poco desordenada; alisa las sábanas con la mano para que parezca en mitad del embozo, bordado por encima del calado de Venecia, el monograma adornado con cintas de guirnaldas floridas.

Acabado su trabajo, Camille se va. En el umbral de la puerta, se vuelve y me pregunta:

—¿Puedo llamarla otra vez?

Fin del azucarado prólogo y de los pícaros favores.

*

Sigue un entreacto en el gran salón, donde atacamos, sin dejar de beber, los platos de *delikatessen* del pequeño *buffet* frío, preparado para más tarde sobre una mesa baja.

Gaétane pregunta:

—¿Se ha ido enfadado?

—¿Camille? ¿Por qué había de irse enfadado?

—¡Hemos sido un poco duras con él!

—¡Duras con él!

M. y yo protestamos riendo.

—¡Si tuviera que enfadarse, sería más bien por haber sido tratado con demasiada indulgencia, por verse amonestado como un niño, en broma! No soy quién para dar lecciones, pero de todas maneras me gustaría ponerla en guardia sobre una cosa: si no parte del principio de que su placer es el de él, quiero decir, de que él encuentra su placer en el de usted, está perdida de antemano; se convertirá, sin darse cuenta, en esclava de su esclavo, esclava de su estado de ánimo, verdaderos o fingidos… ¡Es absolutamente necesario imaginar a Sísifo feliz!… Al menos intentarlo… Todo esto no es tan sencillo, evidentemente… Yo misma… Pero, volviendo a Camille, no se ha ido enfadado, se lo puedo asegurar.

El cielo se cubre y llega la noche. Apenas se ve ya. Encendemos las lámparas y corremos las cortinas. El principal invitado va a llamar de un momento a otro. M. y Gaétane desaparecen. Desde el salón, aguzando el oído, se

puede oír claramente, amortiguado por la distancia… oigo claramente, amortiguado por la distancia, el sonido de la puerta del ascensor al fondo de hueco de la escalera. El ascensor se detiene en nuestro piso.

*

A menos que decida otra cosa (lo que no es el caso esta noche), el ritual es el siguiente: de pie en medio de la habitación, quitarse, antes que cualquier otra cosa, los zapatos, los calcetines, la camisa… y terminar por el slip. Mientras él se desviste así, yo le observo; algo ha cambiado en él, parece mayor. Luego lo entiendo: es ese bigote nuevo, lo que le da un aire «adulto» que no le conocía. Se lo comento. Él no contesta nada. De todas formas, mi observación no esperaba respuesta.

Le ato en torno al cuello, a guisa de correa, un cordón de seda roja terminado en una borla con flecos, y le envuelvo la cabeza con un velo blanco anudado en la nuca. (La elección de la tela, comprada en los días precedentes, sorprendió a las vendedoras. Como yo la quería translúcida, justo lo bastante como para dejar que se adivinaran los contornos, ni más ni menos, tuve que desenrollar varios retales, extenderlos y ponérmelos sobre la cara para examinar la transparencia; esto suscitó más de una broma, dicha *sotto voce*, del tipo: «¡De todo ha de haber en la viña del Señor!», lo cual, en aquel momento, me pareció una aguda observación).

Lo llevo así, encapirotado de blanco al cabo de su correa, al santuario donde mis amigas esperan sentadas sobre una tumbona en la penumbra. Gaétane murmura:

—¡Un negro! ¡Adoro los negros!

Yo le obligo a evolucionar ante ella, para que admire su amplia y fina musculatura, sus movimientos elásticos de animal joven que, incluso en reposo, parece dispuesto a saltar.

—¿Qué edad tiene?

—Veintitrés años —contesto.

Ella lo mira, parece que quiere decir algo… pero no dice

nada.

—Vaya a acariciar los tobillos de su nueva dueña.

Soy la maestra de ceremonias, la que da las órdenes… Pero al mismo tiempo soy el esclavo, tengo el rostro velado, obedezco, busco a mi nueva dueña a través de la tela, me inclino, toco sus tobillos, la tela se adhiere a mis labios…

Soy la maestra de ceremonias, la que organiza el ritual… Pero también soy Gaétane, espero que se incline el hermoso cuerpo negro, siento sus dedos en mis tobillos, su cálido aliento a través del velo…

M. también desea el calor de ese aliento a lo largo de sus piernas.

—¡Que las recorra despacio partiendo de la punta del pie!

Apenas empieza él a hacerlo, ella le reprende:

—¡He dicho *despacio*!

Entonces, él exhala el aliento en largas espiraciones que hinchan levemente la tela, hasta que M. lanza un «Ya basta» que lo detiene en seco.

Sí, en efecto, ya basta… Sacudo la correa para hacerlo retroceder y le digo:

—Antes que usted, ha venido un joven encantador a bañarnos y vestirnos. Como camarera, es perfecto. Para el resto es un poco frágil, no aguanta gran cosa… hay que tratarlo con muchos miramientos. ¡Un día me dijo usted que tenía la impresión de que yo me estaba dominando, y lo dijo como si lo lamentara! Pues bien, sí, hace un rato me he dominado… ¡demasiado! Y ello va a recaer sobre usted… ¡Además para esto está usted aquí, para ser nuestra víctima!

He traído mi látigo favorito. «Es un látigo de cuero trenzado, como los que se usan con los perros. Se ensancha y se endurece progresivamente desde la punta, delgada y flexible, hasta la parte que sostiene la mano, casi rígida, formando una especie de mango muy corto». Esta descripción, aparecida en *L’Image*, de un modelo idéntico al mío, me hace pensar que el autor debió de descubrirlo en el mismo guarnés del barrio de la Opera en que yo lo conseguí hace tiempo. Volví allí hace

poco, pero me dijeron que ese artículo ya no se fabrica. (¡Ya no hay nadie que sepa hacer ese tipo de trabajo, señora!). Lo uso poco, y siempre lo he reservado para los elegidos. Muy cortante, permite, por poco preciso que sea el gesto, hacer mucho daño con un simple movimiento de muñeca, sin que ni siquiera haga falta tener mucha fuerza.

La moderación me horroriza. ¿Además, por qué había de moderarme? Todo me empuja a no hacerlo: él, con su insinuación apenas disimulada, con su piel que, bajo la trenza de cuero, no queda marcada, como una piel blanca, con esa espectacular red de líneas púrpuras que incita, a pesar de todo, a tomar algunas precauciones. Salvo el cansancio, nada impediría seguir hasta el agotamiento. Así que rara vez me he servido de este látigo con tanta codicia como sobre esta carne de bronce. Bajo los golpes se sobresalta vivamente, pero no se rebela. No rechista. Al pasar la mano por la sudorosa espalda, descubro, palpables, pequeñas líneas hinchadas sobre las que aplico la palma un momento, para refrescarlas.

Nada de gritos… ni gemidos… Ningún ruido salvo el del látigo, algunos truenos espaciados, las primeras gotas de lluvia contra los cristales, detrás de las cortinas cerradas. Gaétane se levanta. Coge el látigo que le tiendo. Por su manera más bien torpe de manejarlo, es evidente que ese instrumento no le es familiar. Llega a sentirse más segura, pero no lo bastante como para atreverse a abofetear al esclavo sin antes pedirle permiso. («En ese momento», me dirá él más tarde, «adiviné que era una neófita»). Pero esto no tiene importancia, pues lo abofetea, a juzgar por las apariencias, con un placer evidente.

Le ordeno a él que la desnude. Ella está de pie, erguida, muy cerca de él, bajo la luz de las velas. Él le quita la falda y la blusa; los senos están desnudos bajo la sedosa tela. Él debe de distinguirlos confusamente, así como la silueta y el óvalo del rostro con su pelo corto. Descubrimiento progresivo, de tardanzas calculadas, de ella por él, de él por ella (mañana serán otros) y luego esa última escena antes de la etapa decisiva, la del desvelamiento… Él está tendido, lánguido, en la alfombra. Gaétane se acuesta a medias sobre él; los

lechosos senos, de formas llenas, se aplastan sobre los muslos negros. Apoyada en un codo, con la nuca doblada por encima del pubis, los dedos de ella juegan con el sexo del negro, que se endurece. M., que hasta ahora apenas ha intervenido, se apodera del cabo suelto del cordón y rodea con un gesto rápido la cintura de Gaétane, que se deja atar sin decir nada. Cuando se endereza, arrastra en su impulso, prisionera, la cabeza del negro.

*

El desvelamiento tendrá lugar delante de lo que hace las veces de mesa litúrgica, una especie de aparador de caoba clara con molduras de cobre y, a la altura del pecho, una parte superior de mármol blanco con vetas azuladas sobre la que he dispuesto entre los candelabros, en el orden en que serán utilizados, los accesorios del gran sacrificio: los guantes, el cuchillo, el alfiletero. (No hay flores de lis). Los cirios que arden desde el comienzo de la velada lo iluminan brillantemente, así como, en muy menor medida, el resto del santuario; la oscuridad de los rincones refuerza la impresión de espacio cerrado.

Los guantes vienen de Florencia: son de cuero fino, negro. Un recorte en la piel dibuja sobre el brazo un motivo sinuoso, de lazos calados, que parte del dorso de mi mano para acabar en el codo.

Con los guantes ya puestos, ocupo mi lugar en el sillón adosado a la mesa litúrgica y el negro se arrodilla frente a mí, a mis pies, en un cojín. Sentado sobre los talones, tiene los muslos separados, el busto erguido, las manos a la espalda; algunos brillos en la tela dan un vago modelado a su cabeza fantasma.

El cuchillo es nuevo. Lo compré una tarde de calor bochornoso en una tienda de Times Square, en Nueva York. Es de muelle, con una hoja de perfecto afilado, ligeramente escotada. Después de haber deslizado mis dedos entre el ojo derecho y el velo, hago, con la punta, una incisión estrecha. El iris se distingue en medio de la hendidura, que alargo con

un electrizante ruido de desgarrón. Hago lo mismo en el lugar de los labios. Encuadrados en blanco, parecen aún más oscuros y carnosos: obscenos. Gaétane, a mi lado, asiste a la liberación del rostro, fragmento tras fragmento. Los toca uno por uno, como para trabar conocimiento de ellos, a medida que aparecen en los agujeros de la tela que termina por desplomarse de golpe, como un chal, sobre la nuca, liberando la cabeza entera. Inclinada sobre él, acaricia, exaltada, la cara desconocida: las mejillas, la frente, la nariz. Él mira fijamente ante sí, sin levantar los ojos.

—Mírame —le dice ella, y agranda un ojo separando los párpados con el pulgar y el índice para escrutar el globo inmensamente blanco en la cara negra. Prosigue su metódica apropiación por la boca, de donde extrae la lengua.

—Quédate así —le dice, palpando la punta con la yema del dedo, y añade—: Ya está, cierra la boca.

El retumbar del trueno se oye más cerca en el silencio del apartamento. El aire está saturado del olor a cera fundida. Hace calor.

Cuando cojo otra vez el cuchillo con la mano enguantada, el negro, al verlo, cierra los ojos. Como el filo es decididamente impecable, le hago en un solo movimiento, sin apretar, tres tajos oblicuos bajo la clavícula, por encima del seno derecho. Pequeñas gotas de sangre empiezan a manar, regodeándose a lo largo de los finos cortes.

Reconozco esos trances, esos temblores que me asaltan cuando lo estrecho contra mí para lamer la insípida sangre sobre su piel perfumada. Él también se pone a temblar, como en consonancia conmigo. Cuando me separo veo sus dilatadas pupilas fijas en mí. Me gustaría hablar, pero algo forma un nudo en mi garganta, como un sollozo.

Entonces me echo hacia atrás impulsivamente en el sillón, y, levantándome la falda, lo agarró de los pelos y le meto la cabeza entre mis muslos, donde deseo sentir sus labios gruesos, su lengua húmeda, rasposa.

Establecidas nuevamente las distancias, el ceremonial puede continuar.

Gaétane, con la que M. se ha reunido a mi lado, me tiende

el alfiletero. Hasta ahora no los había utilizado, excepto uno a uno, al azar, o casi. Esta noche quiero que ericen el cuerpo del negro como un exvoto o una figurilla de cera. El primero de la colección, un pequeño alfiler de costura con la cabeza de cristal coloreado, lo planto sin esfuerzo en la piel del torso. Pero los alfileres de sombrero son mucho más duros. Para que se mantengan verticales habría que hundirlos mucho, más de lo que yo alcanzo a hacerlo. Una gruesa perla irisada se inclina ligeramente. Otras, arrastradas por cabujones demasiado pesados, se tambalean y se quedan enganchadas, cabeza abajo, como otros tantos colgantes. Es bonito. ¿Por qué Gaétane se da media vuelta con un estremecimiento horrorizado? Bueno… Puestas así las cosas, voy a clavar los demás en el pelo. Entre los rizos crespos y espesos forman una diadema tornasolada: tembleque de oropel, poliedro de metal, canicas de ágata, bolas de cristal o de plata nielada. Está bello como un joven cautivo ataviado para un sacrificio solar.

Con una rodilla en tierra, agarrando su nuca con la mano izquierda para que eche hacia atrás la cabeza y se tense la garganta, apoyo, con la mano derecha, la punta del cuchillo en el hueco vulnerable, peligroso, que palpita imperceptiblemente allí, tan cerca… Bastaría con hacer fuerza… hacer un poquito más de fuerza…

Bruscamente, levanto el cuchillo a la altura del cojín y lo dejo caer brutalmente en el triángulo de sombra entre sus muslos abiertos; los muslos se estremecen y se cierran en un instintivo movimiento de protección. Se cierran apenas… pero ya es demasiado… ya es demasiado tarde… El cuchillo se hunde y vuelve a salir, vertical, de un solo golpe. A la luz temblorosa de las velas, miro la hoja. Está ensangrentada hasta el mango: ha atravesado el muslo de parte a parte. Súbitamente el aire se vuelve más denso, irrespirable. Los segundos que siguen transcurren a cámara lenta: mis gestos se descomponen, dilatados, como entorpecidos por el frío, ajenos a mí. Dejo el cuchillo sobre el mármol blanco. Me quito los guantes con calma, uno tras otro. Los dejo al lado del cuchillo. Sobre el mármol han caído unas gotas de sangre.

Cojo otra vez el cuchillo y paso la lengua por el acero: así no goteará más… Con mucha calma… Metódicamente… El negro se ha dado la vuelta con lentitud, apoyándose en el suelo con ambos brazos, con el pelo aureolado de bolas brillantes y perlas nacaradas, sin una queja, sin una mirada a la herida de la que ahora brota la sangre como una cinta reluciente que sigue la curva del muslo y empapa el cojín donde se forman manchas oscuras. Un alfiler de sombrero, y luego otro, se tambalean, se le caen del pelo y resbalan sobre la alfombra. Detrás de las dobles cortinas de terciopelo oigo la lluvia golpear los cristales, en ráfagas, resonando sobre el techo de zinc de los cobertizos allá abajo, en el patio.

Miro la sangre que mana… Él no se mueve, de espaldas, inerte y con los ojos cerrados. Miro el brillo de la sangre que corre sobre el fondo oscuro de su piel. Siento que pierdo pie, una pérdida dulce, irresistible, y me asalta un torpor que me vence, me invade, me da ganas de gemir, de morir.

*

—Dios mío, Dios mío… —parece ser que ahogué una queja que puso sobre aviso a M. y a Gaétane, ocupadas de sí mismas. No habían visto nada después de la caída del cuchillo, ni la hoja manchada ni ninguna otra cosa. Después de la caída del cuchillo habían empezado a besarse. ¿No había ocurrido todo muy deprisa, en las sombras, en silencio?

M. lanza una breve ojeada y murmura: No es grave… Es superficial… ¿Quiere tranquilizarse, tranquilizarnos? Yo sé que no es superficial y que a la herida visible corresponde otra, más estrecha y oculta, pero no la desengaño. Él abre al fin los ojos, me mira, no dice nada. Mientras que ella va a buscar una botella de alcohol, algodón, éter y vendas, él estira las piernas, despacio, cuidando de mantener el muslo herido (el izquierdo) sobre el cojín mojado.

M. se arrodilla frente a mí. Inclinada sobre la víctima, que está tendida a medias en el suelo (una pierna extendida, la otra flexionada), detiene la sangre, dejando ver un corte rosado que empieza a curar a la luz de dos velas, una de ellas

sostenida por Gaétane y la otra por mí. A la luz de la linterna que una sirvienta (¿una doncella?) levanta por encima de la escena, santa Irene, arrodillada frente a mí, cura a san Sebastián herido, tendido a medias en el suelo, en la parte baja del cuadro; el hombre desnudo, apoyándose en un codo, con una pierna extendida y la otra flexionada, mira hacer a la joven inclinada sobre él. Los rostros no expresan ni dolor ni aflicción, todo lo más una atención extrema. El cuerpo de la víctima, extrañamente indemne, sólo muestra una herida en el muslo izquierdo, de donde ella acaba de extraer, con delicadeza, una flecha… una herida en el muslo izquierdo sobre la cual M. coloca con cuidado un apósito. Más allá de la luminosidad que emana de los cuerpos pintados, sólo está la noche…

*

Inexplicablemente, nadie ha pensado en encender otra vez las luces. Sin duda, a causa del deseo no formulado de prolongar durante algunos minutos el sueño en que la efusión de sangre y los cuidados al herido son añadidos fascinantes y lógicos de un ceremonial que no los había previsto; de retrasar un poco el momento en que la irrupción de la luz eléctrica será la señal del retorno a la realidad, donde el chorreo sacrificial ya no es más que una hemorragia y una cuchillada se convierte en fuente de problemas. Ello supondría, por otra parte, una renuncia a «continuar», mientras que, una vez agotado el derrame sanguíneo, el incidente parece que no reviste gravedad y se acaba en sí mismo.

Nos sentimos tanto más aliviadas cuanto que el negro se pone en pie fácilmente y sigue sin esfuerzo aparente a Gaétane, que nos precede hacia el salón. Allí hay preparados, como ya he dicho, refrescos y un tentempié (frutas, dulces y un poco de compota) que él nos servirá según la costumbre establecida. Pues F. y yo, antes de reunirnos con ellos, tenemos que encargarnos de esa mancha de sangre que acabamos de descubrir en la alfombra, mancha poco

importante a primera vista pero que ha impregnado profundamente los pelos de lana. Frotada meticulosamente, se atenúa poco a poco y desaparece. Hemos reparado el daño.

*

Muy despreocupados, como si no hubiera pasado nada, Gaétane y el negro han vuelto a sus juegos; él se estira otra vez a sus pies, acariciándole devotamente las piernas, mientras ella se come, grano a grano, algunos racimillos de grosellas escarchadas en una copa de cristal.

No tendríamos que haberlos dejado solos. Él, que sabe quedarse completamente inmóvil cuando quiere, se ha estado moviendo mucho, ha multiplicado, como a placer, los cambios de postura. Se diría que para él es una cuestión de honor el ignorar cualquier prudencia… ¡ostensiblemente, incluso! Por supuesto, la herida se vuelve a abrir, sangra otra vez tan abundantemente que una gran servilleta blanca y después otra, traídas a toda prisa, se empapan de inmediato. Una tregua nos hace pensar que, si deja de moverse, todo se arreglará naturalmente. Y, naturalmente, la cosa no se arregla: ¡vamos a tener que cambiarle el apósito una vez más! Mientras me apresuro a hacerlo, noto bajo la herida una protuberancia alarmante. En seguida un chorro de sangre me inunda la mano: es una bolsa que acaba de reventar.

De pronto me siento mal, atrapada bajo una capa de hielo que me aprieta hasta no dejarme respirar: esto debe de ser el sudor frío.

Tras un tiempo muerto, en el silencio que le sigue, alguien (creo que yo) habla de hospital, de puntos de sutura. Ya no es cosa de perder ni un minuto. El negro no protesta. Gaétane ofrece su coche.

*

Con el muslo envuelto en hilas bajo un trozo de tela impermeable, vestido con un improvisado pantalón para no

ensuciar el suyo, el negro se instala en el automóvil donde, al fin sensato, estira la pierna con cuidado en el asiento trasero. Es tarde. Las calles están desiertas. La lluvia vuelve a caer a cántaros. Por momentos, los limpiaparabrisas apartan con dificultad el velo que cubre el parabrisas y, en la radio, se habla de multitudes alborozadas bajo las trombas de agua, en la Bastilla.

A la entrada del hospital, cerca del bulevar periférico, hay un hombre con blusa blanca tomando el aire delante de la gran puerta encristalada. Se acerca y pregunta:

—¿Para qué es?

—Una cuchillada —contesto yo. Añado que el herido puede andar. Sin embargo, se lo llevan a la sala de urgencias en una camilla. Gaétane y yo queremos acompañarlo, pero nos detienen en el umbral: los visitantes no pueden entrar. Nos indican una sala de espera, justo al lado. La sala es verde, la espera larga. El interno de guardia, ausente, «volverá pronto». (¿Habrá ido él también, a falta de pacientes, a la Bastilla?).

Afortunadamente Gaétane está conmigo, menos afectada que excitada por el sangriento giro de la velada, su final en un hospital, entre el olor del desinfectante de una habitación verde, con sillas de tubos de acero forradas de *skay*, sin el menor detalle superfluo, ni siquiera esas viejas revistas con las puntas dobladas que uno hojea maquinalmente para engañar, aunque sólo sea por un momento, la angustia de haber estado a algunos centímetros, quizás sólo a algunos centímetros, de mutilar un cuerpo, amparándose en una confianza ciega que lo permitía todo salvo, no obstante, eso: mutilar, lisiar…

Es cada vez más tarde. Gaétane no puede quedarse aquí más tiempo y, en consecuencia, tengo que ir a buscar mi propio coche.

—Volveré dentro de media hora, aproximadamente. ¿No pasará nada?

—Nada —me contesta, desde su ventanilla, la enfermera consultada.

A mi regreso, evito la sala de espera. Prefiero sentarme en

el recibidor de la entrada. Allí también estoy sola, pero la luz no es tan verde. Pronto aparece de nuevo el negro, llevando en la mano, tieso a causa de la sangre seca, el trapo que le rodeaba el muslo. A menos que quiera conservarlo como trofeo, puede tirarlo si quiere, puesto que yo no tengo ningún plan especial sobre esa reliquia. Él lo tira.

Se acomoda, sin demasiado esfuerzo, en la parte trasera del automóvil. Aparentemente, no está lisiado. Sin embargo, ¿no es inquietante que, una vez saturadas ambas heridas, el interno haya querido que se quedara algunas horas más para vigilar, según parece la evolución del hematoma (a lo cual él se ha negado)?

Fuera, ha dejado de llover. Ninguna circulación en estos barrios alejados del centro, o muy escasa… Llegamos rápidamente al pie del edificio en el que vive, en casa de sus padres.

Bueno, hemos salido de ésta.

*

¿Hemos salido? ¡No tan deprisa! En la soledad recobrada, en la oscuridad de mi habitación, y después en la penumbra del amanecer, las imágenes resurgen, obstinadas, encadenándose en su ineluctable sucesión: el cuchillo, el destello del acero, la sangre en la hoja, la hoja en el mármol, la sangre brillante sobre la piel negra, las manchas oscuras en el cojín rojo, la mancha en la alfombra. Cada vez que la escena termina, vuelve otra vez al punto de partida, como rizando el rizo para toda la eternidad. Intento alejarla… pero no, no hay que hacer eso… A fuerza de mirarla, terminará por perder su intensidad, la sangre acabará por detenerse y la mancha por confundirse con los arabescos de la alfombra.

Pero, al día siguiente, la mancha reapareció. La habíamos secado cuidadosamente, frotándola luego con paños empapados en agua limpia. Se había decolorado gradualmente antes de desaparecer. Y no obstante allí estaba otra vez, incontestable. Frotada de nuevo, terminó a la larga por confundirse casi por completo con los dibujos de la

alfombra. Allí queda todavía ahora, un cerco distinguible para las que saben, justo un vestigio…

Al día siguiente, el negro se veía obligado a andar con ayuda de una muleta. Durante varias semanas tuvo que ir regularmente al hospital, donde parecen haber olvidado la fórmula de los ungüentos que, en los cuentos de hadas sadianos, borran como por arte de magia las huellas de extravío, las heridas desagradables. Después, el muslo recobró su curva y el negro sus gustos aventureros, adormilados durante un tiempo. Está curado, y dispuesto a empezar otra vez.

Marie interrumpe la lectura para exclamar:

—¿Dispuesto a empezar otra vez? ¡Decididamente, es un hombre asombroso!

—Sí… durante el viaje desde el hospital hasta su domicilio, su única preocupación era saber lo que habíamos pensado de él, de su comportamiento. Le aseguré que nos había parecido admirable… Eso es lo que él quería oír… Le pregunté si se había dado cuenta inmediatamente de que el cuchillo le atravesaba la pierna. Me dijo: «En aquel momento, sólo sentí una viva sensación de pinchazo, pero supe en seguida, sí, que me estaba atravesando el muslo». Como yo me reprochaba no haberle dado a entender, de una forma o de otra, que iba a clavar el cuchillo entre sus piernas, lo que habría evitado el reflejo fatal, él me interrumpió: «¡Menos mal que no lo hizo! ¿Qué habría sido del riesgo, entonces?»… En el momento de separarnos, cuando ya tenía la mano en el tirador de la portezuela, me declaró: «Si hubiera que empezar otra vez, lo haría ahora mismo y de igual manera. Esta noche he vivido algo único» (subrayando la palabra *único*)… Sí, es un hombre sorprendente…

Lo miré alejarse por la acera, con la pierna ya un poco rígida… Se habría dicho que acababa de penetrar en el seno del empíreo donde, en el aire rarificado de las cimas, no respiran más que los dioses, ese puñado de elegidos entre los cuales figura Sebastián y donde él acababa, gracias a la prueba de sangre, de ser admitido igual que aquél, al fin su igual.

Quien encuentre enfática la alegoría no ha conocido nunca, con toda seguridad, el extremado orgullo de estos «esclavos» que llevan la estrella en la frente y se reconocen entre sí.

¿Y yo, estaría dispuesta a empezar otra vez? Durante las difíciles horas de aquella noche, renuncié a todo. Por mucho que supiera que el negro tenía razón, que el riesgo se hallaba al final de la búsqueda, que era su precio, la idea lancinante de que había faltado poco, tan poco, algunos centímetros, y que había estado a punto de… había renunciado a todo en bloque, incluso a los placeres anodinos, incluso a las aventuras como la de Camille.

Mis resoluciones se llenaron de matices en seguida, y ya me imaginaba utilizando el cojín del sacrificio. Sería una apacible escena en la que un nuevo sirviente me leería en voz alta algunas páginas de *La Venus de las pieles*, páginas que él habría elegido a petición mía. Las leería instalado junto al fuego, sobre el cojín. Se extrañaría de aquel jaspeado negruzco, de sentirlo rugoso y como almidonado, bajo sus rodillas. Él no diría nada. Yo sabría.

Algunas veces se me ocurre abrir el cuchillo. Sobre el acero, cerca del mango, quedan estrías oscuras, muy finas, visibles desde ciertos ángulos. Lo cierro de nuevo y lo devuelvo a su sitio, entre la boquilla y el acerico para alfileres de sombrero.

No volveré a comprar armas blancas, ni en Times Square ni en ninguna otra parte, salvo, quizás, uno de esos modelos de pequeño tamaño que sirven para cortar las rodajas de limón verde en las bebidas tropicales. En ese caso tendré que comprobar, con la punta de los dedos, el corte y la necesaria calidad del filo… También he llegado a desconfiar de las hojas corrientes…

La vida ha recobrado su ritmo normal. Se diría que no ha pasado nada, a no ser porque el negro conserva, en lo alto del muslo izquierdo, dos cicatrices paralelas casi idénticas, y yo, en la mano, obsesiva, la sensación precisa del cuchillo que traspasa la carne sin encontrar resistencia. Es extrañamente fácil…

*

Marie me devuelve el manuscrito después de haber comprobado que las páginas siguen el orden de numeración.

—Tienes razón: es preferible que yo no estuviera allí… Esa sangre hace que sienta un escalofrío en la espalda… Quizás no habría soportado…

—«Siento un escalofrío en la espalda», es exactamente la misma expresión que Gaétane empleó cuando le pregunté por qué parecía tan espantada al verme clavar los alfileres.

—¡Me gustaría conocer a esa Gaétane! ¡Bueno, y no sabía nada de esa atracción tuya por los cuchillos!

—Yo tampoco… Durante años y años evité sistemáticamente los escaparates de cuchillerías. ¡Me daban miedo!

—¿De quién es el cuadro?

—¿Qué cuadro?

—Santa Irene curando a san Sebastián.

—De Georges de La Tour. ¿Quieres beber algo?

—Encantada… con unas cuantas rodajitas de limón verde. ¡Espero que escribas la ceremonia en la que Sebastián fue marcado!

—Ya lo he hecho. Se llama *La Marca*.

—¿Y la escena que me contaste, en el cuarto de baño, en casa de J. V.?

—No, lo que gira en torno a la escatología puedo vivirlo, en último extremo contarlo, pero escribirlo no, no puedo…

—¡Pues entonces la tarde en la Opera, y también, sí, la gran cena de inauguración!

Marie me dice luego, al cabo de un rato:

—Me pregunto, pensándolo bien, si no debería suprimir mis intervenciones. No añaden nada y suenan… ¡demasiado literarias!

¡Sonar demasiado literario, ese es el peligro!

Notas

[1] Sadomasoquistas. < <

[2] Mi amiga recogió comentarios igualmente elogiosos para conmigo, de los cuales el más raro se resume poco más o menos así: «Las francesas son mejores que las americanas». Todas las francesas son ardientes pelirrojas, claro, pero a pesar de todo… Y así fue como una noche, en Nueva York, le di un histórico empujón a la cotización de Francia. < <

[3] La que llamo mi «doncella» no es otra que Alejandra, la joven americana que me descubrió el club homosexual neoyorkino del primer capítulo. < <